



Liborio Mejía.

hacer la guerra: la primera, dinero; la segunda, dinero; la tercera, dinero."

Estas anécdotas pintan las ideas y el carácter del bravo General Antioqueño mejor que largas disertaciones.

Este es el personaje que tanto me interesó, siendo yo niño; que bien supe admirar y respetar años más tarde. Hoy le venero y me descubro reverente ante su memoria.

Medellín, 1913.

JOAQUÍN ANTONIO URIBE.

LIBORIO MEJIA

Tiene la gallarda figura de Liborio Mejía esa aureola vaga y sugestiva que acompaña a los que sintetizan la solemnidad de un momento histórico, y cuyos rostros aparecen ante la muerte contraídos por el gesto amargo del vencimiento. Ante esos hombres a quienes falta para imponerse el argumento decisivo de la victoria, pasan las generaciones con respetuoso desvío, y ellos que no tuvieron al despedirse de la vida la visión radiante de la ambición que ya se cumple, ni oyeron las dianas clamorosas del triunfo, van esfumando lentamente los contornos de sus personalidades en las sombras injustas pero muchas veces inevitables que acumula la general indiferencia. Y es deber imperioso y labor gratísima para quienes han tenido oportunidad de medir hasta donde alcanza la grandeza de esos hombres, intentar que los contemporáneos rindan culto al héroe que tiene ya el pedestal de su estatua tallado por sus propias manos en el filón riquísimo de los anales patrios, y que sólo necesita que la mano justiciera de sus conciudadanos quiera descorrer el velo que la cubre para que el sol ponga en su frente un rayo inconfundible de piedad y de gloria.

Con pocos de los paladines de nuestra epopeya se ha manifestado ese sentimiento de indiferencia con caracteres de tan irritante injusticia, como con el héroe de la Quichilla del Tambo. Por cerca de una centuria apenas si se han recordado sus hechos, sin estudiarlos detenidamente, en escasas ocasiones solemnes, y solamente desde hace cortos años su nombre figura ya definitivamente en la Cronología de nuestros Gobernantes. Con sobra de razón uno de los pocos que han estudiado su vida—un alto escritor de la tierra antioqueña—sugiere que los contemporáneos del montañés insigne supieron estimarse mejor que nosotros, que somos ya posteridad, al darle el primer puesto en el supremo momento de la agonía de la República, y un sentimiento de vergüenza nos invade al pensar que mientras consta atestiguado por plumas de los Jefes españoles con quienes combatió la posición única ocupada por él en esa generación, cuyos sobrevivientes llenan las mejores páginas de nuestra historia, los hijos de la República que contribuyó a fundar, no hayamos tenido para él sino mal confesado olvido, como si temiéramos que al estudiar su vida, habríamos de avergonzarnos de no saber, como él, sacrificarlo todo por la Patria, a la cual sólo pidió el premio de dormir libre en su regazo.

.....

Fue D. Ignacio Mejía de Tobar y Gutiérrez de Lara, uno de los principales y más influyentes colonos avecindados en la Provincia de Antioquia en la segunda mitad del siglo XVIII. Nacido en el Valle de Rionegro, ejerció allí los primeros *empleos de república*, tales como los de Alcalde ordinario, Teniente de Oficial Real, Capitán a guerra y Justicia Mayor de los tres Valles de Rionegro, Marinilla y Arma—1767—siendo condecorado por el Virrey Messía de la Zerda, con el título de Comisario de la Caballería. En la Villa de la Candelaria de Medellín donde residió luego, fue Administrador de la Real Hacienda, Tesorero de la Provincia de Antioquia, Oficial Real interino y Gobernador de la Villa, y cuando el Gobernador de la Provincia, D. Francisco Silvestre y Sánchez, en vista de las solicitudes de los vecinos de la ya decaída y en mejores tiempos próspera ciudad de Arma, resolvió en Marzo de 1776 que dicha ciudad se trasladase a la de Rionegro, fue el Comisario de la Caballería D. Ignacio Mejía de Tobar, quien recibió el encargo de hacer la traslación, lo cual verificó con general beneplácito, recibiendo en cambio, por decreto de 15 de Septiembre de 1783, el nombramiento de Regidor Alcalde Mayor Provincial del

Ilustre Cabildo de Rionegro, cargo que ejerció hasta su muerte, acaecida algunos años después.

No solamente fue D. Ignacio Mejía Gutiérrez distinguido por las autoridades, por sus condiciones de energía, espíritu público y honradez que demostró en las comisiones que se le confiaron, sino también por pertenecer a una de las más hidalgas familias que poblaron la tierra del Mariscal Robledo. Su tatarabuelo, D. Juan Mejía de Tobar, natural de Villacastín en Vizcaya, perteneciente aun cuando no por línea legítima, a la ilustre casa de los Condes de Molina, vino a América y desempeñó el cargo de Tesorero General de Santafé de Antioquia, donde casó con D.^a Elvira Ramírez de Coy, la hija del viejo Capitán Juan Ramírez de Coy y de D.^a Juana Sánchez Torreblanca, y tanto él como su hijo D. José, esposo de D.^a Josefa Álvarez del Pino (hija legítima del Capitán Diego Álvarez del Pino y de D.^a Beatriz de Tabares y Morga, y nieta del Alférez de Ntra. Señora, D. Diego Álvarez del Pino, "hombre noble y principal, natural de Talavera de la Reina, en Extremadura" y de D.^a Justina de los Arcos Cortés, nieta del Alférez Real Alonso de los Arcos Cortés, uno de los más ilustres conquistadores); su nieto, el otro D. José, quien casó con D.^a Margarita Ortiz, y su biznieto D. Manuel, esposo de D.^a Juana Gutiérrez de Lara y Torres Jaramillo, y padre de D. Ignacio, ejercieron empleos de república y fueron siempre contados entre los principales vecinos de la Provincia (1).

D. Ignacio Mejía Gutiérrez casó en primeras nupcias con D.^a Ana María Fernández Vallejo (hija legítima de D. José Vallejo y Castrillón, Teniente Gobernador de Almaguer, y de D.^a Gabriela López de Arbeláez, y nieta del burgalés D. Francisco Fernández Vallejo y de D.^a Ana María de Castrillón y Upegui, nieta del Gobernador de Antioquia, Capitán Mateo de Castrillón, y de D.^a María Vásquez Guadramiros) y materna, de D. Jerónimo López de Arbeláez y de D.^a Mariana de Cárdenas.

En segundas nupcias casó con su prima hermana D.^a Juana Gutiérrez de Lara y Sierra, y de este enlace no tuvo sucesión (2). De su primer matrimonio nació en Rione-

(1) Archivo de la Colonia: Poblaciones, Tomo 6; Genealogías, Tomos 3 y 6; Empleos Públicos de Antioquia, Tomo 18; Virreyes, Tomo 6; Civiles de Antioquia; Tomo 2. Información en el Colegio Mayor del Rosario, de Don Manuel Mejía de Tobar y Gutiérrez de Lara, &c. &c. &c.

(2) Muerto D. Ignacio, Doña Juana Gutiérrez de Lara intentó contraer matrimonio en Enero de 1799 con Félix de Rojas o Echeverri, al cual se opusieron sus hijastros y sobrinos D. José Félix, D. Jo-

gro el 31 de Octubre de 1754, D. José Antonio Mejía, quien previa dispensa del parentesco, casó en la Viceparroquia de Hato Viejo, el 26 de Julio de 1785, con su prima D.^a María Gutiérrez de Lara (1), nacida allí el 14 de Marzo de 1771, y de este tronco vino al mundo Liborio Mejía

Era el hogar de D. José Antonio Mejía, quien desde la muerte de su padre fue Regidor Alcalde Mayor Provincial de Rionegro, y de su joven esposa, uno de esos típicos hogares antioqueños, donde la holgura y cierta altivez de gente que se siente bien nacida, alternaban con gran simplicidad de costumbres y con la práctica diaria de sencillas virtudes. Los hijos eran recibidos con sana alegría, y su cuidado tomaba todo el tiempo de la madre, mientras el jefe de la familia en las funciones que le correspondían en el Ilustre Cabildo de la ciudad, gastaba las horas que le restaban de las invertidas en el manejo de la no pequeña hacienda. Tal fue el medio ambiente, apacible y monótono, que rodeó la cuna de quien tuvo en pocos años una de las vidas más intensas y llena de sucesos extraordinarios entre las de los próceres de la Independencia colombiana.

José Antonio y D. Francisco Ignacio Mejías, D. Ignacio, D. Mateo y D. Antonio Gutiérrez de Lara, hermanos de Doña Juana, por el motivo de que Rojas, por su familia, no podía pretender enlazarse con una familia hidalga. Rojas protestó de la oposición y entabló pleito ante la justicia ordinaria, alegando que los Gutiérrez no eran nobles, pues el fundador de la familia en Antioquia, D. Miguel, era un mestizo de Popayán, y que sólo por haber contraído enlaces con familias principales había podido alternar con los vecinos de distinción. A su vez los Mejías levantaron información para probar lo contrario, y presentaron, tomada del libro de españoles, la partida de bautismo de D. Miguel, por la cual consta que era natural de Santafé, donde fue bautizado el 21 de Febrero de 1659, como hijo legítimo de Juan Gutiérrez de Lara y de Doña Victoria Pardo Velásquez de las Mariñas y Fonseca. El pleito se continuó luego ante la Real Audiencia de Santafé, y fue sentenciado en favor de los Mejías, imponiendo perpetuo silencio a Rojas, por Carlos IV, en Real Cédula fechada en Araujuez a 17 de Mayo de 1803. (Genealogías, Tomo 3º)

(1) Hija legítima de D. Antonio Gutiérrez de Lara y de Doña Juana María Robledo; nieta paterna del Sargento D. Pablo Gutiérrez de Lara, Alcalde de los Valles de Rionegro (hermano del Dr. D. Melchor, Colegial de San Baltolomé) y de Dña. Jacinta López de la Sierra; materna, de D. Pedro Robledo y Rubio, natural de Granada, y de Doña Leonor Ferraro; biznieta del mencionado Capitán Miguel Gutiérrez de Lara, Alcalde de la Santa Hermandad de Rionegro, y de Doña Juana de Torres y Zafra; de D. Ignacio López de la Sierra, natural de Colindres en Vizcaya y de Doña Magdalena López de Restrepo y Guerra Peláez; materna, de D. Pedro Robledo y Doña María Rubio; del gaditano D. Juan B. Ferraro, Alcalde de Antioquia, y de Doña Juana María de Herrera y Tamayo. (Archivo de la Colonia—Gabriel Arango, Pobladores de Antioquia).

En la iglesia Parroquial de Rionegro se conserva la partida de bautismo del más preclaro de sus hijos, la cual autenticada por el Dr. José Miguel de la Calle, figura en el Archivo del Colegio de San Bartolomé, y dice así:

“Día 28 de Julio de mil setecientos noventa y dos bap-
ticé, puse oleo y crisma á Liborio José Apolinar, hijo legi-
timo de D. José Antonio Mejía y de D.^a María Gutiérrez.
Padrinos D. Antonio Gutiérrez y D.^a Juana M. Robledo,
a quienes advertí el parentesco y la obligación, &c.

“DR. JOAQUÍN GONZÁLEZ.”

Casi nada se sabe de los primeros años de Liborio Mejía, y muy poco debieron ellos diferenciarse de los de la casi totalidad de los jóvenes antioqueños de la época.

Encerrado en una vieja y no muy extensa ciudad, de irregular arquitectura española (1), asentada en un valle de esa aparente esterilidad que parece que incita a ser fecundada y modela como en un rudo troquel el carácter tenaz de la raza, su infancia debió deslizarse con la dulce tranquilidad de la de los hijos de los pueblos de la clásica tierra de Castilla. Su primera educación en ese medio de incomparable simplicidad, tan ajeno a luchas intelectuales, y que de manera magistral describe el Dr. Mariano Ospina en su estudio sobre D. José Félix de Restrepo, fue tan completa como podía serlo con métodos tan rudimentarios y maestros que jamás habían hecho estudios concienzudos.

Sólo se sabe que el niño Mejía leía con avidez cuanto libro caía en sus manos, y que a fuerza de súplicas consiguió que sus padres le dejaran partir a la lejana Santafé a cursar estudios superiores en uno de esos antiguos colegios, que luchando entre sí con secular rivalidad, habían educado y educaban aún cuanto algo valía en la Colonia.

En Mayo de 1808 salió Liborio Mejía de Rionegro en viaje para la Capital del Virreinato, y su primer cuidado al llegar a ella, fue solicitar la entrada al Colegio real mayor y Seminario de San Bartolomé, de cuyo claustro solicitó en Septiembre de ese año le fuese concedida la beca.

En el memorial que en tal sentido dirigió al Rector D. Nicolás Cuervo, dice: “con el objeto de continuar la carrera de las letras he venido a esta Capital, separándome voluntariamente del seno de mi Patria y familia, para llevar a cabo los ardientes deseos de mi instrucción y mejor educación”, y ofrecía cumplir con las informaciones de

(1) Uribe Angel, Geografía de Antioquia.

rigor, conforme a los estatutos. En efecto, tres testigos de excepción, D. Vicente Bernardo González y D. José María Dávila, Abogados de la Real Audiencia del Reino, y D. Antonio M. de Leyba, residentes en Santafé, certificaron bajo la fe de juramento que sus padres eran personas nobles y bien nacidas, que sus tíos D. José Félix, Presbítero, y el Alguacil Mayor D. Francisco Ignacio Mejía habían llevado la beca y que el postulante no tenía tacha alguna, por todo lo cual, previo informe favorable del Fiscal, fue investido el 21 de Noviembre de 1808, con la roja banda de colegial.

Todos los biógrafos de Liborio Mejía están acordes en que el prócer cursó estudios hasta alcanzar la borla de Doctor. Probablemente ello fue así, pues sería extraño que un estudiante de las aptitudes y amor al estudio que caracterizaban al hijo de Bionegro, y que se hallaba, además, en condiciones de poder terminar una carrera, hubiese interrumpido ésta sin motivo especial, pero no hemos podido encontrar en el Archivo de San Bartolomé, ni en parte alguna, comprobación plena de ello.

Mejía permaneció en Santafé hasta 1812, y es casi seguro que la mayor parte de ese tiempo lo hubiese gastado en los claustros, donde tuvo por maestros y condiscípulos a una pléyade de varones que figuran con él en las páginas más brillantes de la historia colombiana, tales como García Rovira, el ilustre "estudiante" Aranzazu, D. Emigdio Benítez, mártir también de la Patria en 1816, y el más ilustre de todos los hijos de San Bartolomé: D. Francisco de Paula Santander.

Al estudiar las vidas de los prohombres de la Patria Boba experimenta el amante de las investigaciones históricas un sentimiento de tristeza mezclado de despecho. La reconquista española destruyó casi todas las huellas de los primeros años de la Revolución, y es casi vano el empeño de hallar en los archivos documentos para seguir el hilo de sus existencias en esos años que reúnen a rasgos de épica grandeza y de no superado patriotismo, pueriles e infecundas ambiciones y risibles escenas sobre las cuales puso sombra de tragedia la espada del pacificador. No existen, ni existir podrían, hojas de servicios de los paladines de la Independencia, de 1810 a 1816. Los vencidos de Boyacá llevaron a España los expedientes de los procesos formados a los colonos en esa feroz e implacable justicia de los tres tribunales establecidos por Morillo, y sólo en muy posteriores solicitudes de pensiones o en antecedentes de leyes de honores, suelen hallarse datos, no siempre bien seguros, sobre los mártires de la Patria.

Puede decirse que la tarea del biógrafo quedará reducida, contra su voluntad, a cotejar entre sí, con frío criterio, a los pocos historiadores nacionales para deducir la veracidad de los hechos relatados y la exactitud de la narración cronológica y a pretender delinear con datos tan escasos las siluetas complicadas de hombres que, al bajar a la arena del combate, sintieron sobre sus hombros el peso de un destino implacable y de una gloria que no por tardía y a veces imprecisa deja de ser imperecedera. Diríase que esas figuras incompletas y no bien conocidas de la "Era de los inmortales", son como esos templos antiguos, de los cuales sólo el erudito con tenaz empeño logra suponer la grandeza del plano primitivo, pero cuyas rotas columnas y estatuas despedazadas imponen admiración al viajero que llega a contemplarlas.

Imposible nos ha sido averiguar la participación tomada por Liborio Mejía en el 20 de Julio de 1810 y en los años posteriores a la inauguración de la Suprema Junta. Tocóle acaso contemplar desde uno de los balcones de San Bartolomé los magnos sucesos que se estaban cumpliendo en esa fecha. Con mayor probabilidad—joven ardoroso y partidario entusiasta del movimiento—unido a la multitud que, reunida en la plaza principal, frente a las casas consistoriales, clamaba por Cabildo Abierto, coadyuvó con sus entusiasmos de adolescente a inflamar el de los habitantes de Santafé en esa noche y en los agitados días que la siguieron. Sea lo que fuere, su nombre no figura en esa primera época y creemos que debió pasarla en los claustros de San Bartolomé. Tampoco sabemos a ciencia cierta a qué lado se inclinaron sus simpatías en la infausta lucha entre centralistas y federalistas, aun cuando suponemos que a estos últimos. El único dato que hemos podido hallar es que a fines de 1812 en asocio de su cuñado D. José María Rivas Arce (quien se había casado con D^{ña} Josefa Mejía, en Noviembre de 1811), y como representante de los intereses de su madre y hermanos, los cuales residían por entonces en la Capital de Cundinamarca, se ocupaba en negocios en grande escala de mercaderías que llevaban de Tunja y Santafé a Antioquia, y que a fines de ese año o en los primeros días de Enero de 1813, emprendió viaje de regreso para su tierra natal, previa consecución de pasaporte que le fue expedido por el Presidente de Cundinamarca (1).

(1) Estos datos los hemos hallado en un curioso expediente del proceso seguido por la Junta de Represalias, establecida por Naríño, a D. José María Rivas Arce, quien había venido de Tunja con el Ejército de Baraya, derrotado el memorable 9 de Enero. Doña Ma-

Es fama que en Bionegro dedicóse D. Liborio a transmitir a sus coterráneos los conocimientos adquiridos en sus estudios, y cítase como el más ilustre de sus discípulos, en época anterior, al distinguido estadista neogranadino D. Alejandro Vélez. El Sr. D. José M. Mesa Jaramillo opina que mal pudo D. Alejandro ser discípulo de Mejía, que era casi de su edad, pero en todo caso debieronlos unir los vínculos de un mutuo amor al estudio. Por aquel tiempo (1812) llegaron también a Antioquia varios de los fugitivos que habían salido de Popayán huyendo de Sámano, entre los cuales descollaban los Dres. José Félix de Restrepo y Francisco Antonio Ulloa, quienes tántos servicios prestaron al Estado, iniciador el uno de la Libertad de los esclavos, Secretario el otro del Dictador Corral, y con este motivo inicióse en la Provincia en torno a la cátedra del Dr. Restrepo una activa corriente intelectual que ligó con lazos de estimación y facilitó el intercambio de no comunes conocimientos entre aquellos hombres de ciencia, entre los cuales no era el último Mejía, si hemos de atender al renombre envidiable con que en ese aspecto, como en los demás de su vida, pasó su nombre a la posteridad.

Pero no eran los tiempos para serenas meditaciones filosóficas y luminosas discusiones sobre las ciencias abstractas. Tras de la risueña alborada de la República habían aparecido la desunión esterilizadora entre sus hijos, y al par que éstos se debilitaban, los peninsulares se aprestaban a reconquistar el Nuevo Reino para la Corona de España. Vencidos Caycedo y Macaulay ante los muros de Pasto, infructuosas las operaciones posteriores de los patriotas para detener a las tropas del Rey, dominadoras de Quito, a donde entró en triunfo tras reñido combate el Presidente Montes, amenazada por todas partes y sin recursos suficientes en ninguna, la situación de la Nueva Granada, al comenzar el año de 1813, no podía ser más alarmante. El historiador Restrepo la describe en estos términos:

“Presentábase harto grave. Despedazada interiormente por los partidos opuestos y encarnizados, carecía de fuerza física y moral qué oponer a sus enemigos. Por el Sur trataba de invadirla D. Toribio Montes, quien podía dis-

ría Gu íérrez, madre de Liborio Mejía y suegra del Sr. Rivas, pidió en un memorial, Febrero de 1813, que se pudiese a éste “en libertad para seguir a avecindarse a Antioquia para donde había partido ya D. Liborio” y añade que dos de sus hijos (probablemente D. Ignacio y D. Braulio), habían contribuído a la defensa de Bogotá, sufriendo por ello pérdida de intereses. (Archivo de la Biblioteca Nacional. Justicia Tomo 13.)

poner con prontitud de todas las fuerzas y recursos que tenía aquella rica, poblada e industriosa sección de la América del Sur, apoyado también por el Virreinato del Perú. Sabíase que el Brigadier D. Juan Sámano estaba al Norte de Quito con más de seiscientos hombres: en Pasto podía levantar una fuerza respetable de milicias, así como en el valle de Patía y en los pueblos contiguos del Distrito capitular de Almaguer, que tenían decisión por la causa del Rey y hombres excelentes para caballería y tropas ligeras.

“Por el Norte D. Domingo Monteverde, después de subyugar toda la República de Venezuela, disponía de fuerzas más que suficientes, y se le presentaba un flanco dilatado por dónde atacar a la Nueva Granada; ésta se veía pues cercana a ser invadida por el Norte, por el Oriente y por el Sur, a distancias inmensas en que las tropas no podían ayudarse en caso de un revés.

“Eran muy pequeños los medios de las nuevas Repúblicas confederadas para repeler a sus invasores. En Popayán había sólo trescientos hombres; en Tunja, quinientos; en Pamplona cosa de trescientos; mil en Cartagena, y las fuerzas de Nariño que ascendían a mil hombres. Estas observaban a las del Congreso, paralizándose mutuamente. Por otra parte, los recursos se habían disipado en las guerras civiles, o en pagar esa multitud de empleados que exigían las soberanías provinciales; gobiernos generalmente débiles y anárquicos, que por lo común nada hacían en favor de la Independencia, y que se juzgaban felices cuando mantenían en paz los diferentes partidos con que la ambición de mando despedazaba las provincias; si en tales circunstancias dos mil hombres bien disciplinados y bajo las órdenes de un jefe emprendedor atacan a la Nueva Granada, no hay duda que la hubieran subyugado, incluyendo la plaza de Cartagena.”

Invadida por el Sur la Provincia de Popayán por una fuerte división al mando del Brigadier D. Juan Sámano y Uribarri, encontró tan divididos y descorazonados a los patriotas, que sin derramar una gota de sangre, ocupó a Popayán y las principales ciudades del Cauca

El resto de las fuerzas republicanas, que se habían desbandado en su mayor parte, fueron batidas, a órdenes de Serviez, en Palogordo y las Cañas, y perdido este último esfuerzo, los republicanos evacuaron completamente la Provincia. Empero ante el común enemigo, suspendiéronse temporalmente las disputas entre los partidarios del Congreso y los de Nariño, y éste, interpretando la viril resolución de los independientes, contestó al oficio en que

Montes le proponía se sometiera al Rey, con aquél que contiene la frase lapidaria que resuena como un clarín de combate: "estoy resuelto en el último evento a sacrificarlo todo, y a reducir a cenizas hasta los templos, antes que volver a ver a mi patria bajo su antigua servidumbre"; y el Estado de Antioquia, el más amenazado de todos, supo hallar en esos momentos críticos al hombre necesario que empujó en corriente poderosa las energías y ardientes entusiasmos de sus hijos. La Legislatura, compuesta entonces de 5 Diputados, encargó de la Dictadura a D. Juan del Corral, y éste con aquella férrea energía que ha quedado como modelo insuperado en nuestra historia, a tiempo que enviaba al sabio Caldas a crear las fortificaciones del Rufú y al Coronel Gutiérrez a expulsar a los españoles de la Provincia; preparaba, con el alma de la emancipación de los esclavos, D. José Félix de Restrepo, el mensaje que había de dar a la Legislatura de Antioquia la gloria de dictar la Ley de 20 de Abril de 1814 (1), y hacía decretar la absoluta independencia de España.

El Coronel José María Gutiérrez de Caviedes llegó a Rionegro en los primeros días del mes de Agosto de 1813 con el encargo de organizar y equipar tropas para la campaña contra los españoles. En esa ciudad, decididamente republicana, se había establecido un cuerpo denominado de "Nobles Voluntarios patriotas" que contaba por Comandante a D. Diego Gómez de Salazar y por segundo al distinguido patriota D. José Antonio Mejía (2). Un grupo de jóvenes de distinguidas familias se preparó inmediatamente a marchar con el Coronel Gutiérrez, y entre ellos se contó en primera línea Liborio Mejía, quien abandonó por completo sus intereses particulares para dedicar sus talentos y no pequeños conocimientos a la labor de convertir en verdadero cuerpo de ejército aquella reunión de patriotas ardorosos pero faltos de instrucción militar. Su padre, D. José Antonio, como Jefe principal de la Provin-

(1) Gaceta Ministerial de la República de Antioquia. N.º 2 Octubre 2 de 1814

(2) Expediente original sobre méritos del Sr. Gómez de Salazar que existe con el N.º 502 en la Comisión de Suministros, citado por D. Ramón Correa, como existente en el Senado de la República, en su notable artículo sobre el Coronel Salazar, publicado en el N.º 1 del Repertorio Histórico de Antioquia. El Sr. Correa dice equivocadamente que D. José Antonio era hermano de Liborio Mejía, a quien señala como padre a D. Francisco Ignacio Mejía, "el Quevedo antioqueño", su tío, Diputado por Rionegro al Colegio Constituyente que aprobó el 21 de Marzo de 1812 la Constitución del Estado. Otro de los hermanos de D. José Antonio, el respetable Presbítero D. José Félix, Cura Parroquial de Rionegro, a cuya Iglesia hizo valiosos donativos, prestó servicios importantes a la Independencia.

cia (1) tomó a su cargo la organización de los hospitales, y todos supieron desde el primer momento que la cuantiosa fortuna de los Mejías estaba dedicada íntegramente a suministrar lo necesario a las tropas que debían partir para la campaña del Sur a combatir unidas a las de la Unión que al mando de Nariño nombrado por el Congreso de las Provincias Unidas, ya reconciliado con el campeón del Centralismo— General en jefe del Ejército, y Teniente General de las fuerzas de Cundinamarca por el Colegio Electoral [28 de Junio], salieron de Santafé en Septiembre de ese año [2].

Nariño al partir de la capital llevaba en su alma indómita la resolución de no transigir en manera alguna con los jefes españoles y asegurar cuanto antes definitivamente la completa emancipación de las colonias americanas. A las propuestas del futuro Virrey de Santafé sobre evitar el derramamiento de sangre sometiéndose al Rey, contestó desde su cuartel General, 17 de Noviembre, con rotunda negativa, visto lo cual el Brigadier, en lacónica esquela, optó por la guerra. Entre tanto la columna de Antioquia, bien equipada y con artillería ligera tomada del parque formado por Caldas y el Dictador Corral, invadió el Cauca, y sin combate se hizo dueño del Norte del Valle hasta Cartago (Diciembre 8), despertando en sus habitantes el entusiasmo por la Independencia. Unida a la que de Ibagué trajo el Coronel José Ignacio Rodríguez, de triste recuerdo, y que eran los restos del primer ejército del Sur, esperó la oportunidad de unirse al grueso de las tropas. En esa corta y favorable campaña empezó a demostrar Liborio Mejía las dotes que le hicieron alcanzar un puesto especial entre los militares de la época; un valor impetuoso unido al amor al orden y a una suave pero enérgica manera de hacerse obedecer de los inferiores que contrastaban con el genio díscolo e irritable del Coronel Gutiérrez, “el fogoso”, y le atraían simpatías y prestigio.

Vencedor Nariño en el alto Palacé de Sábano, 30 de Diciembre, ocupó a Popayán e inmediatamente llamó a las columnas de Gutiérrez y Rodríguez para que viniesen

(1) D. Ramón Correa dice en su citado estudio, que fue nombrado Subpresidente para ejercer el Poder Ejecutivo, teniendo como Secretario a D. Diego Gómez de Salazar. Como miembro del Senado tocóle firmar en la Sala Capitular de Rionegro el solemne reconocimiento al Congreso General y declaratoria de la Independencia de España, 7 de Febrero de 1813.

(2) Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia El Precursor. La Patria Boba Expediente sobre la Ley de Honores a L. M. 1848, &c. &c.

en su ayuda antes de presentar batalla de nuevo al Jefe español. Verificó así el segundo, mas no Gutiérrez, quien más intransigente que el Congreso Federal y desobedeciendo sus órdenes, rehusó ponerse a órdenes del Presidente de Cundinamarca, comprometiendo el éxito de la batalla, pues Sámano quedó así con fuerzas superiores a las de Nariño. A pesar de esto, el triunfo se decidió por los independientes en el campo de Calibío (15 de Enero), pero si como cada triunfo debiese costarle nuevo quebranto, ganóse allí Nariño el odio del Coronel Rodríguez, a quien reprendió por su salvaje atentado contra el cadáver del Mayor Asin, quedando por consiguiente expuesto a los mil contratiempos que la mala voluntad de dos de sus principales subalternos, habían de causarle.

La situación de Nariño, a primera vista halagadora y brillante, no lo era en realidad si se tienen en cuenta las dificultades que para proseguir su marcha le oponían la falta de recursos y la desobediencia de los Jefes puestos a sus órdenes. Perdiéronse así horas preciosas que demoraron casi indudablemente por años la emancipación del Nuevo Reino, y en esa pérdida tuvo no poca responsabilidad el Coronel Gutiérrez, a quien por fin sus oficiales, deseosos de tomar parte en las victorias que se anunciaban, y conocedores de que la conducta de su jefe podía causar inmenso perjuicio no sólo al General Nariño sino a la tierra antioqueña que habían jurado defender, obligaron a unirse al Ejército del Sur.

Acampado el batallón de Antioquia en la vieja ciudad de Popayán, cuya guarnición hacía, tocóle a Mejía entre aquella sociedad aristocrática y severa pero llena de cordialidad y de atenciones delicadas para los forasteros distinguidos que recibía en su seno, pasar acaso la época más feliz de su corta vida. Su apuesta figura, la fama de valor que alcanzaba ya entre aquellos valientes, y sus maneras caballerosas atraíanle las simpatías en los salones, a la vez que sus conocimientos científicos y la seriedad rara de su carácter, le daban entrada en el círculo de hombres pensadores y sabios con que con sobra de razón se ufana entonces Popayán. Pero esos días de descanso y de amplio goce de la vida fueron muy cortos, pues el Ejército, provisto ya, no sin mucho esfuerzo, de los elementos indispensables, se puso en marcha en dirección al Sur, el 22 de Marzo de 1814, teniendo que sufrir desde el primer momento todos los horrores de la lucha feroz de guerrillas que hacían los patianos.

Los admiradores de Nariño, empezando por aquel que prefirió a otros títulos el de llamarse su abauderado, han

defendido al General, con razones que nos parecen incontestables, por su demora en proseguir la campaña y por su larga estadía en Popayán, justificadas ambas por la situación en que se encontraban las tropas y por la necesidad de no exponer el único Ejército con que contaba la República en el Sur a una derrota, que podía ser, como lo fue más tarde, un irreparable desastre. Pero es lo cierto que esta demora inevitable, unida a la división y rencillas entre los Jefes del Ejército, convirtieron al fin los eslabones de triunfos en cadena que ató a la Nueva Granada al potro de la reconquista española.

Vencidos los obstáculos que la naturaleza y los enemigos oponían a la marcha de los independientes, llegó por fin Nariño con sus tropas frente al Juanambú, fortaleza en que el arte militar había hecho aún más salientes las ventajas de una posición considerada inexpugnable.

Por el relato que hace Restrepo, el parte en que Nariño dio cuenta al Gobernador y consejeros de Cundinamarca—29 de Abril—de la acción de Juanambú y las narraciones de los testigos presenciales el abanderado Espinosa y el más tarde General José Hilario López, conocemos qué clase de lucha tuvieron que sostener los patriotas en aquellos pasos en que el heroísmo de los soldados y oficiales aquilató la entereza de su ilustre Jefe, General improvisado, que aprendía triunfando de guerreros experimentados, la ciencia de la guerra. Entre los que se distinguieron especialmente en Juanambú se cuentan el comandante Pedro Monsalve y el ayudante D. Salvador Ortiz, compañeros de martirio de Liborio Mejía.

Resuelto por Nariño, tras de la convocatoria de una junta de guerra [1] marchar adelante para no perder lo ya conquistado y no dar un golpe mortal al entusiasmo de las tropas, obligándolas victoriosas a retirarse a Popayán, escaló el ejército el día 8 de Mayo las alturas de Jalcines, y gracias al heroico arrojo con que el General hizo avergonzar a sus soldados que huían, diezmados por la artillería española, la derrota se convirtió en triunfo, cruento sí, pero uno de los más gloriosos de la campaña.

La fatalidad, hada madrina de la más alta figura de

(1) Lo sucedido en esta Junta se halla relatado de manera diversa por los historiadores Restrepo y López. Según el primero, el Capitán Baltasar Salazar, uno de los Oficiales del Batallón de Antioquia, fue quien secundó con más elocuentes palabras la opinión de Nariño. López, por el contrario, dice que el General no le permitió exponer su opinión contraria, y que este desaire fue causa principal de la muerte de este distinguido oficial, hijo del Coronel Gómez de Salazar y sobrino del ilustre Prócer de la Revolución ecuatoriana, D. Juan de Dios Morales.

Las glorias colombianas, convirtió por obra de extraordinario enlazamiento de circunstancias, en desastre fatal, todos aquellos esfuerzos y victorias. Desde la inclemencia de la naturaleza hasta la traición de los hombres, todo se reunió para que la ciudad de Pasto, ya funesta para las armas republicanas, fuera, en vez de campamento de descanso del General vencedor, principio de una nueva era de sufrimientos para Nariño y de desastres para la Patria. Tras de largo e inesperado combate en los Ejidos de la ciudad [11 de Mayo] y a pesar de que en él fue Nariño "más grande y más heroico que nunca", según frase de su segundo el gran Cabal, la retirada de las tropas, convertida en derrota por la incalificable acción del Coronel Rodríguez, puso fin a la campaña que se ofrecía tan gloriosa y a la carrera militar de Nariño, mas no a su grandeza, porque su alma, como el acero en la fragua, se templaba y adquiría mayor brillo al choque con la adversidad [1].

¿Qué servicios prestó Mejía, y cuál fue su conducta en la campaña que terminó en el desastre de Pasto?

Creemos se puede asegurar que esos servicios fueron eminentes y que su comportamiento, tanto en las horas de batalla como en la vida de campaña, dejó en el ánimo de sus compañeros la más alta idea del joven antioqueño. No existe, como ya lo hemos dicho, hoja de servicios que lo atestigüen, pero se puede deducir lógicamente de los hechos que siguieron a la derrota del ejército de Nariño. En efecto, si Liborio Mejía salió de Rionegro como simple Oficial de la columna de Antioquia y si después de la separación del Coronel Gutiérrez quedó como Jefe del Cuerpo, en el cual servían distinguidos militares, a pesar de ser uno de los más jóvenes entre ellos; y si más tarde, por unanimidad, los oficiales del Ejército lo eligen en la hora de mayor peligro, Comandante en Jefe del Ejército, y la Comisión del Congreso lo considera digno de ejercer el Poder Ejecutivo, cuando aún no contaba veinticuatro años, necesario es y no puede revocarse a duda, que Mejía hubiera dado durante esos tres años y en todos los momentos los más altos ejemplos entre aquel grupo de soldados, el mejor con que contaba la República, dice el historiador Restrepo. Y el único reparo que uno de sus compañeros de armas que le sobrevivieron en ese loco cor-

(1) Para este breve relato de la Campaña de Nariño, en el cual no hemos querido extendernos por ser muy conocidos los documentos que sobre ella existen, nos hemos valido especialmente de las siguientes obras. Restrepo, Ob. cit. Groot, Memorias de López y Espinosa. Documentos de el Precursor Biografías de Cabal por Tascón y del Gral. París, por la Sra. Acosta de Samper, &c. &c.

tejo a la muerte, hizo a su conducta, fue la impetuosidad de su valor que cegaba en el humo de la batalla las facultades generalmente frías y razonadoras de su carácter.

Digno de suceder a Nariño, el Coronel Cabal, dedicóse inmediatamente a salvar lo que quedaba del Ejército, y fue tal el resultado de sus energías y las de los oficiales que lo acompañaban, que en el oficio dirigido catorce días después al Colegio Constituyente de Popayán, pudo asegurar que la mayor parte del ejército del Sur se había salvado.

Nombrado luego Comandante en Jefe dispuso la evacuación de Popayán y el acantonamiento de las tropas, de tal manera que pudieran reunirse en un momento dado, y a pesar de sus brillantes servicios costóle mucho alcanzar absoluto dominio sobre sus subalternos, pues aun a pesar de los reveses motivados por la desunión, existían las rencillas y malas voluntades entre los cuerpos de las tropas a su mando, como se deduce de la carta que Bolívar, dueño de Santafé después del sangriento combate del 12 de Diciembre, que cerró la segunda funestísima guerra civil, dirigió a Cabal, en la cual le dice:

“Quizás la división de opiniones que había existido hasta el presente, querrá continuar en ese Ejército, cuando ya aquí no existe”, y le pide datos sobre el estado general de las fuerzas con el objeto de dictar las medidas convenientes para poner el Ejército en pie respetable (20 de Diciembre) (1)

A esta comunicación contestó Cabal, desde su campamento sobre la orilla derecha de El Palo, con fecha 24 de Diciembre, felicitando a Bolívar por su triunfo, y en su respuesta dice sobre el estado de sus fuerzas, lo siguiente: “Mi situación no es tan desesperada como se lo ha hecho creer el Gobierno General, según las noticias últimas que el de esta Provincia parece haber comunicado. Aunque varias veces se me ha anunciado la aproximación y aun recientemente se nos avisa de Popayán, ésta no se verifica, ni juzgo pueda ser tan pronto; sin embargo, yo me preparo para recibirlo y espero el que han de triunfar las armas que sostienen la libertad del Sur. Me hallo en medio de muchos pueblos decididos por ella y cuyo entusiasmo procuraré exaltar más y más; no me faltan de novecientos a mil fusiles y estoy organizando y disciplinando algunos cuerpos de caballería que reunidos no dejan de ascender a unos seiscientos hombres. La falta de algunos fusiles más y de numerario para pagar parte de estas tropas que

(1) Memorias de O'Leary. Tomo 13. Se halla también publicada en el tomo 5 de los Documentos para la vida del Libertador.

están a sueldo, es lo que más me aflige; pero yo espero que todo esto se nos facilitará, y que reunido ya todo el reino, las cosas tomarán nuevo aspecto.

Así puede V. E. cooperar a las grandes miras del Gobierno General con menos cuidado por la suerte del Sur que sostendré a todo trance" (1).

Para que aquellas lisonjeras esperanzas se convirtieran en realidades, no había omitido el General Cabal, que no era un iluso, esfuerzo alguno para levantar el ánimo, disciplinar y aumentar sus tropas. Entre aquellas medidas, una de las primeras fue mandar situar en Alpaguer los restos del batallón Granaderos de Cundinamarca, el Antioquia y un piquete de caballería, al mando del Capitán Liborio Mejía, jefe del Antioquia, con el fin de asegurar la retirada al Valle del Cauca. Tocóle entonces a Mejía luchar ya no con el enemigo sino con el desaliento de sus soldados, víctimas de las epidemias que se propagaron rápidamente por carencia de hospitales y elementos apropiados. El temple de su alma se mostró entonces a la altura de su deber y cimentó sólidamente su prestigio sobre sus compañeros de armas.

Pero a pesar de tan firmes resoluciones y esperanzas, la situación del Ejército del Sur estaba muy lejos de ser halagüeña. Mientras empezaban a sentirse en él síntomas de desmoralización causada por la escasez de dinero para racionar la tropa, por la vida enervante de los campamentos y por el deseo de evitar los sufrimientos de una nueva campaña, los españoles se preparaban a dar el último golpe a lo que consideraban agrupación de vencidos. El Teniente Coronel D. Aparicio Vidaurrázaga, nombrado por Montes—irritado con Aymerich y Sámano por su conducta en la campaña—Jefe de las tropas reales, ocupó de nuevo a Popayán y de allí intimó a los independientes rendición al mismo tiempo que Cabal declaraba al Libertador su decisión de vencer en el Sur. Felizmente sofocada, merced a la energía de los jefes y a la prudencia de los otros batallones, la deserción del Granaderos, a la vista ya del enemigo, se reanimó el espíritu de las tropas, a la vez que su disciplina mejoró notablemente con la llegada de nuevos oficiales, entre ellos los Coroneles Serviez, que gozaba de mucha nombradía, y Montúfar, ecuatoriano, nombrado Mayor General y Cuartel Maestro, respectivamente (2).

Cerca a Quilichao, hoy Santander, tuvo lugar el primer choque entre las avanzadas del Ejército español, que

(1) O'Leary, Tomo 14.

(2) Restrepo, Ob. cit. López. Espinosa.

llevaba desplegada la bandera negra de la guerra a muerte, y el batallón Socorro, oportunamente apoyado por el Granaderos de Cundinamarca, apoderándose los españoles esa noche, por sorpresa, de la población. Vidaurrázaga mismo tomó el mando de las tropas, y cinco días después atacó a los republicanos en su campamento de El Palo. Veamos la siguiente relación que, de esa batalla que alumbró con el último rayo de victoria la frente de Mejía, quien refrendó en ella su fama de heroico, hace Restrepo: "A las cuatro de la mañana (Julio 5) se pusieron en movimiento las tropas reales con mucho silencio, y desfilaron hacia el vado del río; a las cinco lo había pasado la mayor parte sin haber sido sentida, llevando cuatro piezas de artillería, dos a vanguardia y otras dos a retaguardia. El campo realista se dejó formado, y Vidaurrázaga permaneció en él con una compañía de patianos destinada a pasar el río por el frente, luego que los patriotas abandonaran los parapetos que tenían por aquella dirección. La vanguardia de los realistas era dirigida por Cucalón y la retaguardia por el Mayor Soriano. A las cinco la avanzada de los patriotas hizo algunos tiros; en el momento se alarmaron y la División comenzó a formarse en batalla, apoyando su izquierda sobre el río y cubriendo la derecha con sus caballerías. El General Cabal mandaba la primera mitad y el Coronel Serviez la segunda. El Sargento Mayor Pedro Murgueitio, a la cabeza del batallón Popayán, trabó el primero la acción, y mientras se formaban los republicanos, continuó batiéndose en retirada hasta llegar a la línea de batalla, auxiliado también por algunos cazadores. Los realistas ocuparon las barracas de provisiones, a las que pusieron fuego, deteniéndose algún tanto en el saqueo. Entre tanto los soldados republicanos se mantuvieron inmóviles, según lo dispusieron sus Jefes para dar un ataque general, y aun en las filas cayeron muertos algunos. Sucesivamente se rompió el fuego en toda la línea de batalla, el que se sostuvo con viveza e intrepidez por una y otra parte; los realistas consiguieron forzar una trinchera que cubría nuestra izquierda hasta el río, avanzándose hasta punto de pistola, aunque con poco orden, según sus mismos Jefes. Después de dos horas de combate, los republicanos por un movimiento simultáneo, atacaron a la bayoneta, desordenaron al enemigo, y la caballería, con sus lanzas, completó la derrota. Esta fue sangrienta, pues teniendo los realistas que atravesar el río que iba crecido y muy rápido, una gran parte se ahogó, otra fue destrozada, o cayó prisionera en aquel punto, y en la persecución que se continuó por más de cuatro leguas.

Trescientos quince muertos, entre ellos el Mayor General D. Francisco Soriano, que fue hecho prisionero y arcabuceado con otros muchos realistas; el Comandante del Patía, Joaquín de Paz y tres oficiales más, sesenta y siete heridos, quinientos prisioneros, incluso ocho oficiales, ochocientos fusiles, cuatro piezas de artillería con sus montajes y municiones correspondientes, todos los equipajes, tiendas y útiles del campamento enemigo, fueron el fruto de esta victoria. Vidaurrázaga, que vio de lejos el combate, se escapó el primero hacia Popayán, y el 7 de Julio dio a Montes el parte oficial de su desgracia desde el pueblo de Timbío. La pérdida de los independientes se redujo a dos oficiales muertos, uno de ellos el Capitán de caballería Solís, quien hizo prodigios de valor, y cuarenta y siete soldados; tuvieron nueve oficiales y ciento doce hombres heridos.

El batallón de Antioquia, mandado por el Capitán Liborio Mejía, y el de Popayán por Murgueitio, fueron los Cuerpos que más se distinguieron en esta jornada. Muy pocos oficiales y algunos soldados enemigos pudieron escapar en dispersión, sin detenerse hasta llegar a Pasto. Los prisioneros realistas se enviaron a Santafé, y de allí a Casanare para servir en las filas republicanas.

El General López refiere en sus Memorias que en esa acción perdieron también los realistas a su segundo Jefe, Coronel Mario Cucalón, y que sin haber encontrado resistencia en el camino ocupó Serviez a Popayán tres días después, única ventaja de victoria tan completa, dice el historiador de la Revolución. En cambio Espinosa, quien añade el nombre del francés Dufaure, Jefe de la caballería, al de los Jefes que en ella se distinguieron, dice, encareciendo la importancia de la batalla, lo siguiente: "Esta acción de guerra fue sin duda una de las más notables y reñidas de aquella época, y de las más importantes por sus consecuencias, pues por entonces quedó pacificado el Cauca y libre de enemigos. No obstante esto, su nombre ha quedado casi siempre olvidado entre los pliegues de la historia Patria y es una de las menos afamadas. Esto ha provenido, sin duda, de la falsa creencia de que prisionero Nariño en Pasto y destrozado el Ejército que condujo hasta allá, la gente dispersa que había quedado, nada podía hacer digno de mención. Pero los hechos hablan: ellos no han podido ser ignorados, y si lo han sido, culpa es de la historia encargada de recogerlos".

El Gobierno General, sin embargo, sí dio a la batalla de El Palo la importancia que tenía, como se colige del si-

guiente boletín, publicado con fecha del martes 18 de Julio de 1815, con el número 14....(1) ...:

“Por oficios del Gobierno de Popayán de 5 y 7 del corriente, que incluyen partes del Comandante en Jefe de aquel Ejército, José María Cabal, y del Ayudante Céspedes, y por otro oficio del Cuartel Maestre ciudadano Carlos Montúfar, que se han recibido en esta mañana, se tiene la plausible noticia de haber triunfado los defensores de la libertad en El Palo, a donde pensó encerrarlos el enemigo en medio de su Ejército. La victoria ha sido tan completa que el Gobierno de Popayán la mira como un presagio cierto de la libertad del Sur; y aunque en aquellos momentos no se tenía todavía una relación tan extensa, como es de desearse, los informes todos hacen consistir la pérdida del enemigo en trescientos muertos, cuatrocientos prisioneros, gran número de fusiles, que el Cuartel Maestre fija en seiscientos, toda la artillería, bagajes, veintiocho mil cartuchos, que otros dicen ser enarenta mil, cerca de ochenta tiendas de campaña, un botiquín y dos altares portátiles; nuestras pérdidas se hacen consistir en dos oficiales, a saber: el Capitán Solís y el Ayudante Córdoba, y diez soldados. Se perseguía con ardor al enemigo, y se tomaban las medidas más activas para que fuese más copioso el fruto de la victoria. ¡Viva la Libertad! ¡Vivan los valientes en el campo de El Palo! Ardor y constancia en todos los ciudadanos; y gracias al Dios de los Ejércitos que se ha dignado visitarnos en esta oportunidad.

Santafé, 18 de Julio de 1815.

RODRÍGUEZ.”

Poco antes de la batalla del Palo se publicó en la Capital la traducción de un libro de milicia, fruto de las horas de descanso del joven antioqueño que no omitía esfuerzo que pudiera redundar en beneficio de la Patria, el cual fue muy bien recibido entre los militares granadinos, pues eran pocas las obras que trataran de la guerra, que entonces pudieran conseguirse, y muy pocos tenían la paciencia de dedicarse a la lectura en idioma extranjero de obras serias. De la traducción de Mejía existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional y de él copiamos la portada, que dice así: “Manual de los Ayudantes Generales—y adjuntos empleados—en los Estados Mayores Divisionarios de los Ejércitos—por Pablo Thiebault, Ayudante General—traducido del francés al castellano—por el ciudadano Liborio Mejía—Capitán Comandante Interino—del Batallón

(1) O'Leary. Tomo 14.

de Conscriptos—de la República de Antioquia.—Santafé.
—En la imprenta de C. B. Espinosa por el C. Nicomedes
Lora.—Año de 1815.—3 (1).

Copiamos igualmente la dedicatoria que de la traducción hizo Mejía a su antiguo maestro y más tarde compañero de armas, D. Custodio García Rovira, Jefe del Poder Ejecutivo entonces, por ser una de las pocas traducciones que se conocen de su pluma:

“Dedicatoria al Excmo Sr. Presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, Custodio García Rovira.

Excmo. Sr.:

Tengo el honor de consagrar a V. E. la traducción del Manual de Ayudantes Generales y Adjuntos empleados en los Estados Mayores Divisionarios de los Ejércitos. Esta obra preciosa que desenvuelve el origen de los Estados Mayores, y los objetos más esenciales del servicio militar; que presenta con la última exactitud el cuadro de los deberes de las personas que los componen, y sus relaciones con los individuos de los Ejércitos Divisionarios, no puede menos de interesar a V. E. y a todos los que convencidos de la necesidad de los Estados Mayores, desean con ardor que se establezcan entre nosotros.

V. E., que por otra parte trata de dar a las instituciones militares el grado de perfección de que son susceptibles, no dejará de dispensar su aprecio a la traducción de una obra que me hizo emprender (a pesar de mis pocos conocimientos del idioma francés), el deseo que se generalizasen sus importantes principios, y que motivos más poderosos me obligan hoy a dedicar a V. E.

Ciertamente V. E. que ha hecho servicios señalados a la causa de la libertad en el mando militar y político y que por sus virtudes ha sido llamado al puesto tan brillante como difícil que hoy ocupa, para dar a las leyes el vigor y la energía necesarias a fin de salvar la Patria amenazada; V. E., repito, tiene un derecho al homenaje de los hombres libres.

El mío desde luego pertenece a V. E., y yo que me confieso con una doble obligación de reconocimiento hacia

(1) Esta obra fue publicada en París, un volumen en 8.^o, en 1800, por el entonces Ayudante General Paul Charles Thiebault, quien después de hacer lucida carrera militar y de haberse distinguido en varios hechos de armas, como la defensa de Génova por Massena y batalla de Austerlitz, murió en 1821 con el grado de General de Brigada y el título de Conde que le fueron concedidos por sus servicios (Larouse. Dic. Uni.)

V. E. por deber a sus sabias lecciones mi corta ilustración, tengo un nuevo motivo para ofrecer a V. E. este pequeño obsequio que V. E. tendrá la bondad de admitir, como se lo promete.

Excmo Sr.

El más apasionado y respetuoso servidor de V. E.

LIBORIO MEJÍA.”

El haberse publicado el libro en Santafé y no tener fecha la dedicatoria, nos ha hecho suponer que el Comandante Mejía estuvo en la Capital en los primeros meses de 1815, quizás en solicitud de refuerzos para el Ejército del Sur, pero si esto fue así, debió ser por corto tiempo. (García Rovira ejerció el Poder Ejecutivo entonces del 21 de Enero al 28 de Marzo) (1), pues todos los historiadores están de acuerdo en que Mejía estuvo en el campo de batalla del Palo el 5 de Julio de 1815, después de lo cual, probablemente fue ascendido a Teniente Coronel.

La publicación de esta obra es para nosotros un dato moral de valor inmenso para juzgar la estructura moral del carácter de Liborio Mejía. No fue éste uno de aquellos militares admirables en el campo de batalla, y que pierden al salir de él esas proporciones fascinadoras, como si necesitaran del humo de la pólvora para realzar, como el fondo oscuro de un retrato, sus aptitudes que, con desencanto inconfesado, resultan mediocres en el contacto con las pequeñas cosas del diario vivir.

El valor, jamás puesto en duda, de Mejía, era en él fruto no sólo de su naturaleza generosa sino de la educación dada a su carácter con la lectura de la historia y de los claros ejemplos de los libertadores de los pueblos. Ese rasgo del Oficial que en la flor de la edad, dedica las horas de descanso a instruirse en la ciencia de la guerra y a enseñar a sus compañeros lo que iba aprendiendo, nos parece tan hermoso como su arrojo en el combate, y prueba que Mejía por las dotes de su espíritu, estaba a la altura de los más cultivados de los militares de la época, a los cuales emulaba en las proezas.

Ocupada Popayán, las operaciones del ejército quedaron limitadas a combatir a los Patianos, pues la expedición a Almaguer del Coronel Ignacio Torres, no tuvo éxito. Debilitado además por la ausencia del batallón del Socorro, que con su bravo jefe el Coronel Monsalve había sido llamado a Santafé, lo mismo que Serviez, perdiendo así las tropas dos de los mejores jefes, se mantuvo

(1) Eduardo Posada. Cronología de Colombia.

a la defensiva mientras los españoles, a tiempo que se preparaba la expedición formidable de Morillo, levantaban en el Sur una fuerte división al frente de la cual puso Montes de nuevo a Sámano, quien aceptó, dejando a un lado el resentimiento por la ofensa que se le había hecho al privarlo del mando de las armas reales.

El año terrible de la historia de la independencia de Colombia se acercaba, como resultado inevitable de los errores del pasado, de la desunión de los republicanos y del esfuerzo gigantesco que para recobrar sus colonias hizo España, que había presenciado el crepúsculo melancólico de las águilas imperiales, y soñaba con sujetar con las garras recién afiladas de sus leones, al condor azorado de nuestro escudo. Se oían ya los tropeles de los lanceros de Morillo, y como en la tragedia antigua, cerraba la escena que se había abierto con esplendores de victoria un cuadro de sangre, en cuya atmósfera de terror y de frío triunfaban implacablemente la muerte y el silencio.

Tarde (15 de Noviembre de 1815) habían comprendido los patriotas que la unión era la razón de la fuerza, y que el Gobierno de triunviratos que puede tener ventajas en una democracia sabiamente constituida, sólo presentaba inconvenientes en una situación como la que había atravesado la República, en que se necesitaba en grande lo que había tenido Antioquia: una mano de fierro y un patriotismo decidido que concentraran los pocos elementos de que se disponía para hacer frente a las tropas aguerridas de Fernando VII.

El ilustre Torres fue electo Presidente, aun cuando no se le ocultaban las desventajas de su situación, "y en pos del cambio indicado en la forma de Gobierno, dice el Dr. Carlos Martínez Silva, vinieron como llovidas la ocupación de Cartagena por Morillo, la derrota de Mantilla en Oúcuta y la de García Rovira en Cachirí, la cual dejó a Calzada el paso franco y expedito hasta el corazón de Cundinamarca. Toda resistencia parecía ya imposible, y empezaban a oírse los dobles fúnebres que anunciaban la próxima muerte de la República."

Tras la renuncia de Torres, motivada por las derrotas que consideraba con razón como difícilísimas de reparar, fue electo el Dr. Fernández Madrid, quien había propuesto al Congreso un plan para retirarse al Sur y hacer con ese ejército frente en mejores condiciones a los pacificadores (1) (14 de Marzo de 1816). Pero ya la esperanza había huído aun del pecho de los que se mostraban antes

(1) D. Carlos Martínez Silva. Biografía de D. José Fernández Madrid.

más decididos y confiados, y el mismo Congreso autorizaba al Jefe del Ejecutivo para entrar en negociaciones con los pacificadores, aceptando la dominación de España; ¡Cuán lejos se estaba de los días gloriosos en que Nariño, en nombre de la Nueva Granada, declaraba al enemigo que se prefería morir a ceder a proposiciones contrarias a la independencia! Resuelta por el Presidente Madrid la marcha para Popayán, después de varias gestiones para entrar en tratos con Morillo y Calzada—las cuales produjeron la desunión entre lo que quedaba de las tropas que hacían la defensa de Bogotá y la separación de Serviez y Santander con parte del ejército, con rumbo a los llanos de Casanare, hechos que no es del caso historiar aquí detenidamente—resuelta, decimos, la marcha, ésta emprendió el 3 de Mayo de 1816, acompañando al Presidente su Guardia de Honor y el Batallón Socorro, el cual, como se ha visto, había venido desde Popayán, llamado por el Gobierno General (1).

Peró ni aun al frente del enemigo, como rasgo desconsolador del carácter, por otros lados tan generoso, de este pueblo, cesaron las desavenencias y rivalidades entre los jefes de las tropas patriotas. El pequeño Ejército, ya reducido a menos de la mitad con la separación de las tropas que marcharon a Casanare, desunión que, como dice el Sr. Restrepo, fue la causa principal de la pérdida de la República, pues juntas, ya fuera en el Sur o en los Llanos de Casanare, hubieran podido defenderse, con ventaja de las españolas, vino a quedar reducido a la guardia de honor, porque a causa de un disgusto entre el Mayor Burgos, Comandante de este Cuerpo, y el del Socorro, Coronel Monsalve, este batallón fue destinado a quedarse a retaguardia, y no alcanzó a reunirse con el resto del ejército antes de la batalla de la Cuchilla del Tambo, la cual, con su concurso, se hubiera decidido en favor de los independientes.

La llegada de Madrid a Popayán, 5 de Junio, demostró al Ejército del Sur cuál era el estado de postración en

(1) Posteriormente (14 de Marzo) pidió el Gobierno a Cabal el envío de 500 hombres para la defensa del Norte, orden que éste no pudo cumplir y que fue reiterada varias veces. En carta del Sr. Madrid a García Rovira le dice que Cabal opina que los enemigos del Sur son débiles, pero que no da pruebas de ello, y D. Juan José Mutiex, Secretario de Guerra, en un parte dice lo mismo (27 de Mayo), y agrega que Cabal comunica que no ha decaído el entusiasmo del ejército del Sur con la noticia de la ocupación de la capital por los españoles. En esa fecha se encargó a García Rovira la defensa de la Provincia de Neiva, para la cual debía contar con el batallón Socorro, a órdenes de Monsalve.

que estaba la República. Muy pocas eran las fuerzas y elementos que traía para vigorizar ese núcleo de valientes, y Madrid representaba en esos momentos el Gobierno Supremo, y con él se encontraba la Comisión del Congreso de las Provincias Unidas! Además habían empezado ya las deserciones, entre las cuales la más desmoralizadora fue la del Comandante Murgueitio, quien con Mejía había segado los mejores lauros en el campo de El Palo, y capituló con Warleta a mediados de Junio de 1816 (1). Entre tanto el Brigadier Sámano con el cuerpo de su mando, aumentado con las guerrillas patiañas, y fuerte de cerca de 2,000 hombres, después de dilatada marcha se atrincheró en la célebre Cuchilla del Tambo, a seis leguas no más de Popayán.

En este período de desalientos, de tristezas y de claudicaciones, es cuando la figura de Liborio Mejía se agiganta y adquiere las proporciones épicas de un representante de los rasgos más salientes, más quijotescos y por lo tanto más hermosos y dignos de admiración de nuestra raza. Cuando unos pensaban en capitular y los otros en retirarse, cuando el frío y prudente Cabal esquivaba la batalla, que presentía segura derrota, y Murgueitio rendía la espada al verdugo de Antioquia, Liborio Mejía soñaba con combates mitológicos en que el valor de cien pudiera vencer a mil, y preparaba el gesto heroico con que iba al encuentro de la muerte, sonriente para él como una prometeda.

Los sucesos relativos a la renuncia que de la Presidencia hizo el Sr. Fernández Madrid y del puesto de Comandante de Armas el General Cabal, se hallan relatados de manera vaga, confusa y aun contradictoria por los diferentes historiadores. El General López nos refiere que, a virtud de iniciativa del Teniente Coronel Mejía, Jefe de la Infantería de Antioquia, y del Capitán Silvestre Ortiz, Ayudante de Campo del General Cabal, quien servía entonces en el Estado Mayor, resolvieron los oficiales reunir una junta de guerra con el objeto de obtener la renuncia del mando por Cabal para confiarlo al Oficial que juzgaran más digno de mandarlos. Aun cuando el General López fue miembro de esa Junta, creemos que se acerca más a la verdad de los hechos la narración del historiador Res-

(1) General López, Memorias.—D. Antonio Rodríguez Villa. El Teniente General D. Pablo Morillo (4 volúmenes Madrid 1908), tomo 3.

trepo, (1) el cual nos dice que la junta se reunió con el objeto de considerar la renuncia presentada por Cabal, cuyo móvil fue el conocimiento de que los oficiales estaban descontentos con su conducta y con la del segundo Jefe, Coronel Montúfar, por haber dejado atrincherar a Sámano sin presentarle batalla, perdiendo acaso la oportunidad de destruir su división. Añade el Sr. Restrepo que Madrid concurre a la Junta, y que en ella presentó su pecho el Capitán Ortiz, que había dicho que mataría al que propusiese capitulación, diciendo que ese era su parecer. En lo que sí están acordes los historiadores es en que el Teniente Coronel Mejía fue electo por unanimidad Comandante en Jefe del Ejército, aun cuando en la Junta había oficiales de mayor graduación y edad, tales como el Teniente Coronel Andrés Rosas, quien la presidió, según el Abanderado Espinosa, también testigo presencial, cuyo relato está de acuerdo en sus lineamientos generales con el de Restrepo, aun cuando refiere la renuncia del Presidente como anterior a la elección de Mejía como Comandante.

La Comisión del Congreso, reunida en Popayán, formada por el Dr. Juan Fernández de Sotomayor, Diputado por Cartagena, y Presidente R. P. Fray Diego Padilla, por la de Cundinamarca, y Dres. José Emigdio Troyano y José Gabriel Peña por la de Pamplona (2), funcionando como Secretario interino el Dr. José María Salazar, resolvió, el 22 de Junio de 1816, aceptar la renuncia que de la Presidencia repetía D. José Fernández Madrid, y proceder a nombrar ese mismo día un Vicepresidente que se encargara del ejercicio de la Presidencia del Gobierno General "hasta la elección (de Presidente) que deberá realizarse con la brevedad posible" y requirió a los Sres. Jerónimo Torres, José María Dávila y Joaquín Cardoza para que ocuparan su puesto en la Comisión, ante la cual debía prestar el juramento el Vicepresidente inmediatamente después de que fuera electo. Según todas las probabilidades ese mismo día fue electo y tomó posesión de la Vicepresidencia Liborio Mejía, y de acuerdo con lo resuelto entró en ejercicio del Poder Ejecutivo del que debía relevarle el General Custodio García Rovira, nombrado Presidente con facultades de Dictador, las cuales tuvo en su reemplazo Mejía.

(1) Está corroborada por la declaración de D. Manuel Domínguez, compañero del Sr. Fernández Madrid —Martínez Silva, op. cit.

(2) El historiador Restrepo menciona también a D. José Antonio Bárcenas, quien no figura en el acta del Acuerdo, la cual se halla publicada en la mencionada biografía del Sr. Madrid.

El primer paso de este Presidente-Dictador de 23 años, fue convocar una nueva junta de guerra, a la cual expuso con característica franqueza la grave situación en que se encontraban, no solamente por hallarse al frente de superiores fuerzas españolas, sino también por tener en el mismo ejército emisarios de antiguas autoridades patriotas que conspiraban entonces para que se celebrara una capitulación con los enemigos, la cual rechazaba él con todas las energías de su alma, prometiendo que si sus medidas no eran acertadas, al menos no los dejaría perecer sin gloria. En consecuencia, dice el Sr. Restrepo, la junta fue de sentir "que la División del Sur, que siempre había adquirido laureles en el campo del honor, debía preferir el sacrificarse entera en aras de la libertad, más bien que hacer una deshonrosa capitulación."

Para nosotros la acción de la Cuchilla del Tambo debe juzgarse con criterio distinto del que se emplea para historiar las batallas de la Independencia. Desde el punto de vista estrictamente militar, no faltan reparos que oponer a las disposiciones de Mejía. La misma decisión por el combate a toda costa, cuando la retirada al Sur podría haber proporcionado a la República una fuerte base de operaciones para futuras campañas, como opinaba Cabal, y el haber-contraria la sabiduría del proverbio popular "a enemigo que huye puente de plata"—situado la caballería de manera de impedir a todo trance la huida de los contrarios, nos demuestran que en el espíritu de Mejía como en los de sus compañeros, llenos todos, como nos lo dice el General París, de los recuerdos de hazañas de los héroes de Grecia y de Roma, sólo existía, convencidos de que la Patria había muerto, el deseo de caer con gloria en la atmósfera inflamada del combate, y no fusilados sin piedad como traidores por los Jefes del Rey, como si presintieran y quisiesen evitar el fin opaco de su ex Jefe Cabal. Ellos eran también "los galanteadores de la muerte" y Mejía vivió, antes de que su egregio conterráneo la pronunciara, la frase fecunda de que si era imposible vencer, no era imposible morir. La Cuchilla del Tambo no es un combate, ni por ello merecería el lugar especial que ocupa en nuestras páginas de oro: es un grito sublime de protesta contra la imposición de lo irremediable, el rugido con que el león moribundo probó a sus congéneres de Castilla que herencia suya eran sus anhelos de dominio y el hervor apasionado de sus pasiones.

Oigamos ahora al General París, ilustre sobreviviente, referir la agonía de la Patria:

"En tan críticas circunstancias y no apareciendo el

General Rovira, pues ni aun los postas enviados en solicitud suya regresaban, se convocó una Junta de oficiales para resolver lo que debería hacerse; y reunida se determinó nombrar entre ellos mismos un Jefe, y resultó electo por unanimidad el Comandante Liborio Mejía. En seguida se declaró guerra a muerte a los españoles, sin pararse en medios para llevarla a cabo, y se publicó con bando la declaratoria, con toda solemnidad, enlutando las banderas y cajas de guerra de las tropas que servían de escolta, que eran todas o casi todas las que formaban la División. Otras medidas igualmente violentas se acordaron, y del acta que se formó de lo resuelto por aquella Junta, se mandó inconsideradamente un ejemplar a uno de los compañeros que se hallaba en Antioquia, ya ocupada por los enemigos, la cual fue a poder del General Morillo y sirvió de proceso para llevar al banquillo a muchos de los signatarios. Cuenta que un Sr. Martínez que era Auditor de Guerra de Morillo o tenía un empleo importante cerca de su persona, extrajo un medio pliego en que estaban algunas firmas, librando de ese modo de una muerte segura a los que las habían puesto; lo cierto es que cuando en los Consejos de Guerra se hacía un cargo a los que la habían firmado, era infalible el que fuesen sentenciados al patíbulo.

“Hechas estas declaraciones belicosas no las desmintieron con acto alguno de vacilación o de duda los valerosos jóvenes que habían concurrido a solemnizarlas, ni tampoco la tropa que, por el contrario, competía en entusiasmo con aquéllos. Inmediatamente se resolvió marchar sobre el enemigo más inmediato, que lo era Sámano; sin embargo algo tardó en verificarse el movimiento, pues recuerdo que hubo tiempo de que llegara a noticia de Warleta, que aún estaba en el Cauca, la resolución tomada de hacer la guerra a muerte y las demás medidas indicadas. A Warleta debió interesarle tanto entusiasmo, pues inmediatamente ofició al Comandante Mejía, manifestándole lo infructuoso de tamaño enardecimiento y sacrificio, y ofreciendo, en nombre del Rey, perdonar a todos si deponían las armas. También ofrecía conservar en sus grados a cuatro de los principales oficiales que nombraba: Liborio Mejía, Silvestre Ortiz, José María Pino y alguno más (parece que el mismo París), agregando que esto lo hacía por la simpatía que tan heroica resolución le había inspirado por jóvenes tan interesantes. Si este era un lazo que Warleta tendía, como es de inferirse de su excesiva persecución y odio a los patriotas, ejercidos en toda su vida, o si era sincero su interés, no lo sé, incli-

nándome a creer lo primero por su indigna conducta posterior, pues sobrepujo en crueldad a todos sus compañeros expedicionarios.

“No se ocuparon, empero, los interesados en examinar cuál fuese el crédito que hubiera de darse a tales ofertas: morir por la Patria y legar su nombre ileso a la posteridad, era el tema invariable de sus discursos y su más ardiente aspiración. Acorde con estos sentimientos fue la contestación que Mejía y sus tres compañeros extendieron y firmaron a nombre de todos, rechazando desdeñosamente semejante proposición, y reiterando con patriótica exaltación el reto a muerte que la había motivado ¡Lástima grande que estos documentos se hayan perdido, como habrá sucedido si alguno a quien Mejía los dejara no los conserva para hacer de ellos uso algún día!

“La patriótica guarnición de Popayán, digna de representar a la República en sus postreros días, había resuelto, como ya se ha visto, marchar sobre el feroz Sámano, más bien con ánimo de perecer gloriosamente que con la esperanza de triunfar. Marchó en efecto: seiscientos hombres mal armados contra mil y quinientos fortificados en una posición de suyo inexpugnable, y que a mayor abundamiento había sido recientemente artillada. Marchó, pero esto no es decirlo todo: es preciso agregar que no hubo un solo individuo que se desertara ni opusiera; tal era el entusiasmo que animaba a todos. El 29 (27) de Junio se movió la División, encontrando al enemigo al día siguiente por la mañana, en las inmediaciones del Pueblo del Tambo, y cediendo éste fácilmente el terreno a proporción que se le atacaba, como para atraer a sus contrarios hacia las trincheras que se hallaban al sur del pueblo, en una altura llamada la Cuchilla del Tambo: posición, como se ha dicho, sumamente ventajosa, aun sin las fortificaciones que la cubrían.

“Atacado valerosamente este formidable punto por espacio de tres o cuatro horas, los patriotas ejecutaron actos increíbles de encarnizado arrojo, causando grande estrago en las filas enemigas y cubriendo el campo con los muertos y heridos de las suyas. Huían ya los españoles, y algunos de nuestros soldados salvaban las trincheras, cuando el Jefe de la caballería republicana (el más tarde General Antonio Obando) ejecutó un movimiento para cortarles la retirada, lo cual hizo que volvieran a guarecerse en sus trincheras, al propio tiempo que una columna de patianos que obraba en combinación con los españoles, atacaba a los patriotas. Estos, cercados ya y acosados en todas direcciones, con la mitad de sus fuerzas tendida exá-

nime en el teatro del combate y gran pérdida en heridos y prisioneros, se abrieron, no obstante, paso por entre los enemigos, retirándose hacia Popayán en buen orden, y aquella misma noche continuaron la retirada encaminándose a la ciudad de la Plata los pocos que lograron salvarse.”

Los próceres López y Espinosa, actores como el General París en esa lucha suprema, nos han conservado en sus memorias algunos incidentes del combate. Cuenta el abanderado que el ilustre Padre Padilla exhortó con palabras de vigorosa elocuencia a los soldados, y que su Jefe el Coronel Mejía, en frase concisa y vibrante de entusiasmo, enardeció aún más si cabe el ánimo de los republicanos mostrándoles la justicia de la causa por la cual iban a morir. Según López, éstos alcanzaron a clavar la bandera tricolor en los mismos parapetos españoles, causando pánico en los enemigos que ya huían cuando la imprudente maniobra de la caballería patriota los obligó de nuevo a encerrarse en las inexpugnables posiciones. “No hubo, dice Espinosa, dispersión ni derrota propiamente dicha, sucumbimos pero con gloria”.

Parece casi milagroso que Mejía, quien se había mostrado digno de ser Jefe de esos héroes, y con su ejemplo electrificaba a sus soldados, hubiera podido abrirse paso, espada en mano y gracias al empuje de su caballo, por entre los españoles victoriosos. Era que el destino quería con una última y melancólica pincelada delinear su figura: quitábale la gloria de morir al pie de la bandera de la República que se le había confiado, para esculpir la corona del mártir en la empuñadura de la rota espada del paladín vencido.

El Vicepresidente, con los pocos compañeros que lo seguían, tomó la vía de Popayán, donde no se detuvo, y siguió, con la poca guarnición que allí había quedado, por la de la Plata con el intento de reunirse con el General García Rovira y el Batallón Socorro, y en efecto encontró al General en el Tambo de Gabriel López, en la vecindad del páramo de Guanacas. Allí tuvo lugar la romántica escena, tantas veces publicada, del novelesco matrimonio del “Estudiante” con la Srita. Pepita Piedrahita y Sáenz de San Pelayo, matrimonio que celebró el Padre Florido y del cual fue padrino Mejía, y testigos los dispersos republicanos “que se hallaban montados y reunidos en torno al grupo principal, y unos y otros alumbrados por la pálida luz de la mañana, al pie de un inmenso páramo, ofrecían un cuadro digno de la pluma de Walter Scott”.

Razón tenía el General París al pedir la pluma del

autor de Ivanhoe para trazar esa escena de amor de la novela de unas vidas que pronto iban a extinguirse y sobre las cuales había pasado un soplo caballeroso, temerario e idealista, digno de las épocas de Ricardo Corazón de León. ¿Qué romance presenta incidentes más sugestivos que el de las relaciones entre García Rovira y Liborio Mejía, quienes se encuentran en la atmósfera austera de los claustros de un Colegio Mayor, donde el hijo del Norte es mentor y maestro del de Antioquia, se separan luego, arrebatados por el vértigo generoso de la revolución a trabajar en órbita distinta para asegurar la libertad a su Patria, se reunen de nuevo por un momento para que el discípulo apadrine la unión fugaz de una mujer hermosa y apasionada con el Presidente de las Provincias Unidas, que no tiene más territorio para ejercer el mando que la tierra que pisan sus pies, y luchar juntos en final combate contra las tropas del Rey, y luego tornan a separarse en los preliminares del banquillo para unirse al fin en el osario de la Vera Cruz, confundidos sus huesos en la tierra indiferente?

Pronto se unieron los dispersos con el Coronel Monsalvé y su Batallón, e inmediatamente resolvieron fortificarse en la ciudad de la Plata (1), para presentar en ella combate al Comandante D. Carlos Tolrá, que había salido de la Capital en persecución de las tropas republicanas y venía ya picándoles la retirada. Según se deduce del parte dado por Tolrá, García Rovira, probablemente por acompañar a su esposa, "que puso un rayo de sol de ocaso en su vida", no tomó el mando de los independientes, el cual correspondió por consiguiente a Mejía. Mas, fuera de morir lidiando, nada podían hacer tan pocos soldados, si quiera fuesen ellos la mejor tropa con que contaba la República, y hubiera el Batallón Socorro acreditado con prodigios de valor el título de "admirable" que le asignó en su relación de la campaña el General Herrán, contra las seis compañías de aguerridos veteranos que comandaba Tolrá, quien recibió como recompensa de su triunfo la medalla de oro con el busto de "el amado Fernando", para él y para los oficiales y Capellán, cuya conducta recomendó en los partes que sobre esta acción de guerra dirigió al Teniente General D. Pablo Morillo, los cuales por ser casi desconocidos y por contener (salvando sus expresiones sobre la *cobardía* de los patriotas, que él mismo se encargó de desmentir al encarecer el mérito contraído por su bata-

(1) Desde el 14 de Marzo había ordenado el Secretario de Guerra, Dr. Andrés Rodríguez, al Gobierno de Neiva fortificar algunos puntos de la Montaña de Guanacas, y acopiar elementos en la Plata. (O' Leary—Tomo XIV)

llón en este encarnizado combate), un relato detallado de las operaciones, copiamos aquí:

“Parte dado por el Teniente Coronel Tolrá a Morillo.

“*Quartel General de Santafé, 11 de Julio de 1816.*”

El Teniente Coronel D. Carlos Tolrá, Comandante del 2.º Batallón del Regimiento de Infantería de Numancia, con fecha 11 del actual dice al Excmo. Sr. General en Jefe, lo siguiente:

Excmo Sr.: Tengo la mayor satisfacción en decir a V. E. que en el día de ayer han sido arrollados por mi batallón los rebeldes que ocupaban esta ciudad, capitaneados por el traidor Pedro Monsalve. Estos, reunidos en bastante número de la fuerza de Popayán, que batió el 29 del pasado el valiente Brigadier D. Juan Sámano, en la cuchilla del Pueblo del Tambo, se habían parapetado en esta ciudad de La Plata, situada al Poniente del río que lleva el mismo nombre. Los parapetos estaban a la cabeza del puente, y como fueron construídos con la madera de éste, quedó sólo con unas guaduas, por donde no se podía pasar más que uno a uno con mucho cuidado; por lo que a pesar de no tener este río más que un solo vado muy peligroso, resolví mandar por el frente de las fortificaciones las compañías de cazadores, granaderos y tercera a órdenes del Capitán D. Juan Francisco Capdevila, con el objeto de que entretuviesen al enemigo hasta que yo pudiese pasar el vado y atacarlos por la espalda. Efectivamente, las compañías se batían bizarramente y el enemigo, parapetado, sólo tenía toda su atención en ellas. Conseguí, pues, de este modo pasar el vado, aunque con la dolorosa pérdida de tres hombres que se me ahogaron, y en el momento que los rebeldes oyeron los primeros tiros en su retaguardia, abandonaron precipitada y vergonzosamente sus fortificaciones, dirigiéndose hacia el camino de Popayán, haciéndome algún fuego para lograr el paso, que no lograron porque ya lo impedía la cuarta compañía. En este momento eran también cargados a la bayoneta por las tres compañías que he mencionado y resultó una dispersión general, huyendo los rebeldes por todas direcciones a los montes, de donde se me están presentando sin cesar, y me aseguran que Monsalve perecerá, si no logra tomar el camino de Popayán, en cuyo caso caerá precisamente en mi poder, pues por dicho camino siguió la cuarta compañía desde el momento en que lo tomó, y su Capitán me avisa haber hecho ya muchos prisioneros que, creyéndose favorecidos por la noche, bajaron desde el monte al camino.

La acción duró desde las once de la mañana hasta casi la oración, que se decidió, en cuyo tiempo no ha cesado el fuego, sostenido por las compañías de cazadores, granaderos y tercera, con aquella impavidez propia del carácter de nuestros soldados. El enemigo ha tenido muchos muertos, pues a pesar de haber visto tirar continuamente sus cadáveres al río durante la acción, he encontrado yo sesenta y tantos muertos en el campo, que también he mandado tirar, habiendo caído en mi poder 56 prisioneros, sin contar con los que tendrá la cuarta compañía, ni con los presentados. Igualmente se le ha tomado una bandera, las municiones, armamento, una música completa y demás efectos que se expresan en la adjunta relación.

En esta gloriosa jornada han manifestado los Oficiales una ambición sin límites a la gloria de ser los primeros en los peligros; pero el destino de las compañías que atacaron los parapetos por el frente, ha proporcionado distinguirse a los capitanes D. Juan Francisco Capdevila, a quien ya encontré en La Plata apoderado de los efectos que puso a mi disposición; al Capitán D. Francisco Pardo y a los Oficiales de Granaderos D. Manuel Pérez Delgado, y a los Subtenientes D. Gregorio Alonso y D. Juan Antonio Díaz y al de igual clase de cazadores D. Vicente Ruiz, habiendo sido Alonso quien desalojó al enemigo de la primera posición e hizo replegar a sus trincheras, avanzándose él primero al puente con algunos soldados, luego que yo caía a la retaguardia del enemigo; el calete de cazadores D. Miguel Farías se ha portado bizarramente, el Ayudante Mayor D. Javier Leal ha trabajado incesantemente en el paso del vado con una actividad digna de todo elogio y lo recomiendo a V. E., igualmente que a los Capitanes de la cuarta y quinta, D. Martín Bengoechea y D. Benito Fernández, al Teniente D. Cristóbal del Prado y a los Subtenientes D. José Mayoral, D. José María Inda y a D. Luis Andrade, pues éstos fueron los que tomaron conmigo la retaguardia, y llenaron mis deseos. El Subteniente D. Manuel Caparrós permaneció sosteniendo el paso de una cabulla, (sic), y el Capellán D. Tadeo Montilla no sólo cumplió con las obligaciones de su ministerio, sino que llevó algunas órdenes, pues el Ayudante no podía atender a las dos columnas.

Los sargentos, cabos y soldados, que igualmente se han distinguido, se expresan en la adjunta lista que acompaño a V. E.

Según el oficio que acabo de recibir del Capitán que destiné a perseguir al enemigo, entre hoy y mañana habrá cogido a todos, y en este caso no tengo ya por aquí contra.

quién dirigirme, pues el Sr. Brigadier Sámano entró en Popayán, y sus tropas las considero ya en Cali; en este concepto espero que V. E. se sirva decirme los movimientos que debo hacer.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Plata, 11 de Julio de 1816.

Excelentísimo Sr.

El Comandante, CARLOS TOLRÁ

Excmo. Sr. D. Pablo Merillo, General en Jefe del Ejército Expedicionario".

—
"RELACION

del armamento, municiones y demás efectos cogidos al enemigo en la acción de ayer y existen en el almacén:

Cajones de cartuchos de a 1,000, nueve; ídem cartuchos de cañón de a cuatro y pólvora de granel, dos cajones; paquetes sueltos, 86; piedras de chispa, 4,000; fusiles, 119; bayonetas, 140; cajas de guerra, cuatro; barras de hierro, dos; tiendas de campaña, una.

Plata, 11 de Julio de 1816

CARLOS TOLRÁ.

NOTA —No van inclusos más de 4,000 cartuchos que cogió la tropa, ni los que ya ha tomado el Capitán que persigue al enemigo.

—
" En este momento acaba de recibir el Excmo. Sr. General el parte siguiente:

"Excmo. Sr. A las dos horas de haber marchado el parte de la acción de ayer, me han presentado el cabo de granaderos Fernando Barrera, que con cuatro soldados mandé con un oficio al Capitán que perseguía las reliquias del enemigo, a 13 prisioneros, entre ellos un Capellán llamado D. Francisco Mariano Fernández, los subtenientes D. Francisco Arellano y Ramón García, herido, con los paisanos José María Arenas, y el Capitán José Antonio Monsalve, hermano de Pedro, Jefe de los rebeldes, en cuya compañía iban cuando los encontraron los granaderos, con algunos otros que, según dicen los mismos prisioneros, ascendían a 40, que huyeron tan vergonzosamente que se tiraron al río, a pesar de que llevaban algunas armas. Los granaderos acudieron a sacarlos del agua, de donde sólo pudieron salir los expresados, habiéndose ahogado los demás, incluso Monsalve, según aseguran los mis-

mos prisioneros. (1) *Ellos añaden que la acción de ayer la mandaba el Presidente Liborio Mejía, que había venido con las tropas de Popayán, y que Monsalve sólo mandaba un batallón. Todo lo que comunico a V. E. para su superior conocimiento.*

Dios guarde a V. E. muchos años.

Plata, 11 de Julio de 1816.

Excelentísimo Sr.

CARLOS TOLRÁ.

Excmo. Sr. D. Pablo Morillo, General en Jefe del Ejército Expedicionario".

Por su parte Morillo, quien no contento con el despliegue de tropas que para reconquistar sus colonias hacía España, quería que las fuerzas de la naturaleza se decidieran también en favor del Monarca español, dice al Ministro de Guerra desde su Cuartel General en Santafé a 31 de Agosto de 1816, sobre la última etapa de la campaña, lo siguiente:

“Colocada ya en el Chocó la columna del Atrato, se emprendió la operación de penetrar todas las columnas, a un tiempo, en el Valle del Cauca.... para asegurar la reunión total, se amagó penetrar al centro de la Provincia de Cali, y atacar la Capital por la Plata, subiendo el páramo de Guanacas. El Brigadier D. Juan Sámano reunía entretanto, con la velocidad del rayo, porción de los muy fieles habitantes de Pastos, con que aumentó su ejército, y recibiendo una proclama mía de Febrero, en que encargaba sólo el que a los rebeldes no se les dejase abrir camino hacia Quito, se sujetó a ella este subordinado y entendido veterano, se fortificó en Tambó sobre Popayán, y desde allí me avisó su determinación de no atacar. Los enemigos obcecados, reunidos en Popayán, sordos a la clemencia del Rey, enfurecidos y reforzados por los emigrados de Santa Fe, rodeados por todos lados de las tropas, se deciden despechados a atacar a Sámano, el que los recibe el día 29 de Junio con la destreza de su experiencia, los bate y extermina tan completamente que dio la última mano a la pacificación de estos países. Día memorable para estas regiones, pues en Casanare y Popayán se arrancó a un tiempo la tranquilidad para siempre de manos de los rebeldes Liborio Mejía, General de ellos y Custodio García Ro-

(1) Monsalve fue hecho prisionero y fusilado en el Socorro el 3 de Septiembre de 1816, el mismo día que la sangre de Mejía y Ortiz manchaba la tierra en la Plazuela de San Francisco en la Capital.

vira, que bajo las mismas banderas fue batido en Cachirí, se reúnen y acompañados por los fugitivos del Tambo, reforzados por Pedro Monsalve, batido ya pocos días había en dos encuentros por los cazadores de Numancia, mandados por D. Juan Francisco Capdevila, juran vender caras sus vidas, o abrirse paso a toda costa para sepultarse entre los Indios Andaquíes; mas en la Plata se encontraban oportunamente seis compañías del segundo Batallón de Numancia, mandadas por su Comandante el bizarro D. Carlos Tolrá, les opone éste al paso del río tres compañías; lo pasa a la cabeza de las otras por su derecha sin ser visto, y se arroja sobre ellos a la bayoneta, haciendo una horrorosa carnicería, precipitándose al río los que querían evitar la muerte, dispersándose el resto que poco a poco fueron aprisionados; y entre ellos Mejía, Rovira y Monsalve. Los miserables no podían escapar; la justicia divina los había abandonado al castigo, intentaron volverse en fuga por el páramo de Guanacas, pero un terremoto sobrevino y quedó cortada la ruta en más de media legua. Suceso maravilloso y no el único con que el Todopoderoso ha protegido la causa de S. M. y con que ha castigado a los rebeldes.”

El americano D. Pascual Enrile, segundo Jefe del Ejército Expedicionario, en un informe sintético de las operaciones, presentado en Madrid en Junio de 1817 al Ministerio de Guerra, relata estas operaciones en estos términos:

“En la Provincia de Antioquia declaran guerra a muerte, penetra el Coronel Warleta, derrota al enemigo, se rehace, vuelve a destrozarlo y se fugan los venezolanos. Se presentan los habitantes y sin conceder indulto, se olvida lo pasado; el pueblo se conduce bien y ni una gota de sangre ha corrido (!) Warleta envía mensajeros con proclamas al Valle del Cauca, el ejército enemigo entra en Santa Fe, huyen los venezolanos a los Llanos, siguen al Cauca los del Reino, se reúnen con los que allí estaban, forman una sociedad democrática, deponen al Presidente, nombran otro más joven, desprecian todas las ofertas y marchan a atacar al viejo militar Sámano, se estrellan, quieren salvarse en dirección de las posesiones portuguesas, se encuentran con nuevas fuerzas al frente, son derrotados, y un terremoto los deja sin camino, por lo cual fueron presos los cabezas, juzgados y condenados o absueltos.

“Las tropas del Rey se dispersan, se buscan los principales revoltosos, se cogen varios, son conducidos unos a

Santafé, para ser juzgados y otros lo son en Popayán. Desde el 29 de Junio la tranquilidad no se ha turbado..." (1)

Es lo cierto que los Jefes Expedicionarios consideraron las batallas de la Cuchilla del Tambo y de la Plata como de las más importantes y decisivas de la reconquista. En oficio de 17 de Septiembre de ese año daba cuenta Morillo al Ministro de la Guerra que en honor del pueblo de Pasto, cuya fidelidad había quedado sellada con la primera de estas acciones, había ordenado la formación del Batallón del Tambo, con los oficiales que se habían distinguido más. "El botón, decía, tendrá la forma de la medalla de Bailen, ocupando el lugar del águila el nombre de Tambo o Cachiri". El viejo Sámano, que por un momento había creído llevar en ella la nota de vencido, y a cuya alma cruel hizo impresión el arrojado increíble demostrado por los patriotas, obligándole a declarar que habían derrotado su caballería y que no se puede negar que acometieron con despecho estos malvados por todas partes, llegando a menos de una cuadro de los atrincheramientos, pero todo fue en vano (Gaceta del Ejército Expedicionario—N.º 34), debió a ella su posterior promoción al Virreinato, pues cuando Morillo lo recomendó al Rey con grande encomio, todavía no se conocían personalmente ese soldado rudo, pero gran militar, que era Morillo, y el viejo decrepito que fusilaba mujeres y huía vergonzosamente porque ya llegaban los *cobardes*.

Volviendo a Mejía y a sus compañeros, parece que fueron aprehendidos por los indios después del combate de la Plata y entregados por éstos al Jefe español. ¿Ocurrió verdaderamente el temblor que les cerró el camino, o aquello no fue sino una mentira de los peninsulares en el deseo de mostrar la mano justa de Dios obrando de acuerdo con la férrea del pacificador para someter a los colonos? Difícil es resolverlo.

No existen datos sobre los detalles del proceso y fusilamiento de Liborio Mejía. El primero debió de ser muy breve: la sola altiva respuesta que dirigió a Warleta antes de la batalla, podía servirle de sentencia de muerte, y esta no era la única prueba que tenían los españoles para juzgar de su adhesión a los principios revolucionarios. El cronista Caballero, que en su diario nos da algunos detalles sobre los fusilamientos de los próceres, al hablar de los del 3 de Septiembre de 1816, sólo trae esta nota: "A 3, martes, arcabucearon a siete en la Plazuela de San Francisco, y entre ellos un español; sus nombres no los he sabido porque eran forasteros, pero se pondrán a la hora que

(1) Rodríguez Villa. Vida de Morillo. Tomo 3.º

lleguen a mi noticia". Esta frase sencilla encierra una dolorosa ironía y muestra hasta dónde la placidez deliciosa de Santafé se había trocado en siniestra agitación, en la cual las escenas de sangre se repetían con monotonía tan aterradora, que no quedaba al cronista tiempo para anotar en su diario los nombres de los que caían bajo las balas de los pacificadores. Esos forasteros eran: el Teniente Coronel Andrés Linares, compañero del Libertador en la campaña de Venezuela en 1813; el Capitán Rafael Niño, de la distinguida familia que ilustró su nombre en Tunja, donde lució sus talentos su compañero de suplicio el Dr. Martín Cortés; el español Pascual Andrieux; el ya mencionado Capitán Silvestre Ortiz, y el del mismo grado Félix Pelgrón, sobrevivientes esos tres de los guerreros del Sur, quienes inscribieron su nombre en la lista de los ajusticiados al mismo tiempo que Liborio Mejía, el último Comandante en Jefe de ese Ejército que el Congreso de la Nueva Granada apellidó heroico.

Morillo, en su "Relación de las principales cabezas de este nuevo reyno de Granada que después de formados sus procesos y vistos detenidamente en el Consejo de Guerra permanente, han sufrido por sus delitos la pena capital" &c., documento de gran valor para conocer la importancia que atribuyeran los Jefes españoles a cada uno de los patriotas que fusilaron (1), trazó de Liborio Mejía la siguiente silneta, que resume los servicios esclarecidos que éste prestó a la Independencia.

"En 3 de Septiembre:

LIBORIO MEJÍA. Fue último Presidente del Gobierno Rebelde, y General en Jefe de sus tropas que mandaba en la acción del Tambo contra el brigadier D. Juan Sámano. Retirándose con las reliquias después de haber sido derrotado, lo acabó de destruir el Comandante de Batallón D. Carlos Tolrá, y en seguida fue aprehendido por los indios estando fugitivo en los bosques. Pasado por las armas por la espalda en esta Capital y confiscados sus bienes."

*
* *

Tras del fusilamiento de Liborio Mejía vinieron para su familia las horas negras de la tristeza y la miseria. Toda la fortuna de D. José Antonio fue confiscada y éste sufrió además, antes de que el pacificador, en atención a su edad y al suplicio de su hijo le perdonara la vida, toda

(1) Perteneció este documento al Archivo del Historiador de la Revolución de Colombia, cuidadosamente conservado por la familia Restrepo Sáenz.

clase de ultrajes y atropellos. D. Ignacio, quien en desarrollo de sus negocios residía por entonces en Cartagena (1), fue reducido a prisión, y como era natural, al salir de ella halló que todas sus mercancías habían desaparecido. Por su parte, su cuñado D. José María Rivas con este golpe y con el fusilamiento de su tío el Gobernador de Cundinamarca, D. José Nicolás de Rivas, a quien también le fue confiscada la fortuna, se encontró de un momento a otro completamente arruinado, de tal manera que la lucha por la existencia se presentó para esa familia, antes casi opulenta, con caracteres de la más extrema dureza (2). Y esta vida duró así hasta que el silencio que pesaba como un manto de plomo sobre las conciencias de los patriotas, dio paso a los gritos atronadores de entusiasmo y de júbilo con que los sobrevivientes de la reconquista saludaron a los vencedores en Boyacá.

Pero si los infantes granadinos y los llaneros de Venezuela, como sus egregios Jefes, recibieron coronas en las apoteosis de entradas triunfales, y en leyes y decretos se reconocieron los servicios eminentes que habían prestado a la patria, en cambio nadie se acordaba de los fusilados de 1816 que habían hecho por ella, sin esperanza quizás, esfuerzos sobrehumanos. Y si los Congresos de la Gran Colombia fueron ingratos con los vencidos por los pacificadores, los de la Nueva Granada solamente repararon ese olvido cuando en vista de solicitudes de sus deudos fue imposible no corregir tamaña injusticia colocando un gajo de laurel sobre las tumbas de los mártires. Al Congreso de 1848, muerto ya el padre de Liborio Mejía, dirigió su madre el siguiente conmovedor memorial que dio origen a la primera ley de honores que se dictó a su memoria :

(1) Archivo Nacional. Solicitudes Tomo 3º—Expediente de la ley de honores &c.

(2) Muerta D.^a María Gutiérrez, el Congreso se vio precisado a dictar la Ley 73 de 1876, en la cual considerando "que la República, reconocida a los importantes y distinguidos servicios que prestó a su Patria el Teniente Coronel Liborio Mejía, en la santa causa de la Independencia, honró su memoria con merecida gratitud y le concedió a su madre una pensión vitalicia", y que muerta ésta, D.^a María Jesús Mejía Gutiérrez, hermana de Liborio, estaba en absoluta pobreza, le decretó una pensión mensual de 25 pesos.

Además de D.^a María de Jesús y la mencionada D.^a Josefa, esposa de D. José M. Rivas Arce, fueron hermanos de Liborio Mejía: D. Ignacio, vecino de la Ceja, esposo de D.^a Andrea Isaza y Muñoz; D. Braulio (nacido el 26 de Marzo de 1797 y fallecido en Bogotá, siendo Representante al Congreso, el 10 de Junio de 1837), esposa D.^a Sotera Lorenzana y Montoya; D.^a Nepomucena, esposa de Mr. Santiago Tyrrell Moore, D. José Antonio y D.^a Bárbara, mencionados estos tres últimos en el Libro de D. Gabriel Arango, Pobladores de Antioquia.

“Honorables Senadores y Representantes :

Las cenizas del bravo Teniente Coronel Liborio Mejía están perdidas : No hay un sepulcro, no hay una inscripción que recuerde a la Patria el joven guerrero que sacrificó su vida por la libertad; no hay más memoria que sus virtudes cívicas, que las desdichas de su anciana madre.

Es ella la que a vosotros excita para que recordéis las glorias de su hijo, los servicios de su esposo y hagáis así menos amarga su decrepita existencia. Sí, porque la gloria de mi hijo me hace todavía saborear una vida marchitada por los inmensos sufrimientos causados a mi familia en la guerra de la Independencia. Mi esposo, José Antonio Mejía, hombre acaudalado de la Provincia de Antioquia, abrazó con entusiasmo la santa causa de los pueblos, consumió por ella sus riquezas y sufrió proscripciones, vejámenes y oprobios. Todos los habitantes de aquella Provincia en tan aciaga época, que aún existen, son testigos de sus sacrificios; de que él mantuvo por largo tiempo las tropas que allí permanecieron; de que a su cargo como Gobernador estuvieron los hospitales de los patriotas; de que mientras su hijo luchaba con los opresores en el Sur él enviaba inmensos recursos de su propio caudal; y en fin, de que sólo fue feliz cuando enfermo y miserable vio brillar en su patria el sol de la libertad.

Mi hijo idolatrado aún era joven cuando estalló el grito de la Independencia que resonó en su alma con armoniosos acentos, y ardoroso y valiente se consagró a la patria. Hizo durísimas campañas, venció en siete batallas, quedando al fin prisionero en la malhadada de la Ouchilla del Tambo, después de haber peleado con la osadía e intrepidez que hacen hoy arrancar lágrimas de entusiasmo a sus fieles compañeros que lo recuerdan, algunos de los cuales están entre vosotros.

Desde allí fue conducido a esta Capital cubierto de cadenas, en donde después de una larga y afrentosa prisión le condenó el atroz Morillo a regar con su sangre el árbol de la libertad que su padre había plantado, y el día 3 de Septiembre de 1816 acompañado de mil otros próceres fue decapitado, legando a su familia el nombre de un héroe, y a la juventud de su patria un modelo de honor y patriotismo.

Desde entonces para acá arrastro una vida pobre y pesadora, sin más consuelo en mi vejez que el recuerdo de los triunfos de mi hijo, hasta hoy que ocurro al Congreso Nacional solicitando que la Patria me conceda una pensión.

Mas si no queréis concederme con qué pasar el resto de mis tristes días, yo no lo exijo, nó; sólo os encarezco que no permitáis que el nombre de Liborio Mejía quede ignorado.

Bogotá, Abril 18 de 1848.

MARÍA GUTIÉRREZ DE MEJÍA.”

La Comisión de Guerra, compuesta por los Sres. General José Hilario López, sobreviviente de la Unchilla del Tambo, Senador por Neiva, y J. M. Labarriere, Senador por Veraguas, presentó el siguiente proyecto, que aprobado en la forma reglamentaria, pasó a ser Ley de la República :

“DECRETO

(DE 19 DE MAYO DE 1848)

en honor a la memoria del Teniente Coronel Liborio Mejía.

El Senado y la Cámara de Representantes reunidos en Congreso,

DECRETAN :

Art. 1.º La memoria del ínclito guerrero Teniente Coronel Mejía, que fue sacrificado el 3 de Septiembre de 1816, es grata para la Patria.

Art. 2.º En la sala del Museo Nacional se colocará el retrato de Liborio Mejía, natural de Rionegro, costeado por el Tesoro, con la inscripción siguiente :

LIBORIO MEJIA,

Comandante en Jefe de los restos del antiguo heroico Ejército del Sur.

DECRETO LEGISLATIVO DE . . . MAYO DE 1848

Art. 3.º Se concede a la Sra. María Gutiérrez de Mejía, madre de Liborio Mejía, una pensión vitalicia de 4,800 reales anuales que le será pagada del Tesoro Nacional desde el día de la sanción del presente Decreto.

Dado en Bogotá, a 17 de Mayo de 1848.

El Vicepresidente del Senado, JUAN M. GÓMEZ —El Presidente de la Cámara de Representantes, EZEQUIEL

ROJAS.—El Senador Secretario, *José Angel Santos*.—El Representante Secretario, *Juan Antonio Calvo*.

Bogotá, 19 de Mayo de 1848.

Ejecútese y publíquese.

(L. S.) T. C. de MOSQUERA.

El Secretario de Relaciones Exteriores,

M. M. MALLARINO.”

(*Gaceta Oficial* número 982, 25 de Mayo de 1848)

Largos años, a pesar de su avanzada edad, alcanzó Doña María Gutiérrez a disfrutar de la módica pensión que le fue asignada por los servicios de Liborio Mejía, a cuyo culto vivió consagrada, y cuando llegó el último momento, de su dolorosa vida, antes de dormirse para siempre en la muerte, no teniendo bienes que dejar a su familia, después de recomendar a sus deudos que fuesen siempre unidos, como final disposición testamentaria, pidió que sobre la lápida, como timbre de gloria que ella consideraba superior a todos, se escribiese que había sido madre de un prócer de la patria, y en efecto, sobre la lápida de mármol negro que cierra su tumba en el cementerio de Bogotá, se lee esta inscripción :

MARIA GUTIERREZ DE MEJIA,

madre del mártir

LIBORIO MEJIA.

murió el 3 de Octubre de 1863.

Detalle conmovedor que cierra con un postrer toque de poesía esa historia novelesca de una familia ilustre, de ese culto intenso que unió a través de la muerte a la madre con el hijo, y que hace pensar en aquellas matronas de la Grecia antigua o de la Roma de los Gracos, donde la gloria de los hijos ciñe con una nueva corona las frentes angustiadas de madres a quienes idolatrarón y cuyos nombres van unidos a sus hechos con el más augusto de los títulos (1).

(1) En la sesión del 14 de Septiembre de 1911, los honorables Senadores por la circunscripción de Antioquia, Sres. José Joaquín de la Roche, Fidel Cano, Jorge E. Delgado, Esteban Alvarez, Adriano Muñoz y Aquilino Villegas, propusieron un proyecto de ley por la cual “se ordena la erección de un busto de bronce del ilustre procer y mártir de la Independencia Liborio Mejía en la ciudad de Rionegro

* * *

“Se ha observado ya, dice un distinguidísimo escritor (1), que todos los pueblos comprenden la necesidad y la importancia de una gloriosa tradición nacional y cuando la tienen escasa, la magnifican, y cuando no la tienen la inventan; de ahí el endiosar a un Washington y el crear a un Guillermo Tell: el héroe engrandecido por la veneración nacional y el héroe forjado por la tradición popular....

“Nosotros, a dicha, no habemos menester de la lámpara de Aladino de la fantasía para hacer surgir nuestros héroes a la existencia y a la glorificación; les tenemos reales y de una excelstitud que se antojaría legendaria si no estuviera ahí la historia para afirmarla con sus comprobaciones irrevocables”. Esas palabras no parecen muy dignas de citarse al concluir un boceto biográfico de Liborio Mejía, cuya figura es de aquellas que, como dice el escritor citado, se yerguen en cima lejana sí, pero muy alta, velada por las evanescencias melancólicas de lo que pudo ser. Y si tenemos en cuenta la labor que alcanzó a realizar en su rápido paso por la vida ese prócer que peleaba batallas heroicas y traducía en las horas de reposo libros científicos

lugar de su nacimiento”, proyecto que fue elocuentemente sustentado por el Senador de la Roche quien puso de relieve los servicios prestados por Mejía, que con Atanasio Girardot y José María Córdoba forma la trilogía gloriosa con que Antioquia contribuyó principalmente a la independencia de Colombia; se hizo notar el olvido en que se ha mantenido al prócer de Rionegro. Aprobado por unanimidad, vino a ser la Ley 57 de 1911. (Anales del Senado y de la Cámara).

Probablemente la familia de Mejía que reside en Antioquia tenga algún retrato auténtico que debe aprovecharse para esculpir el busto de Mejía. El abanderado D. José María Espinosa, pintó años después y basándose en sus recuerdos, varios cuadros sobre combates librados por el Ejército del Sur, los cuales se hallan en la Academia Nacional de Historia, y entre ellos hay uno sobre la acción de la Cuchilla del Tambo. poca luz arroja sobre el combate y solamente da idea de la formidable posición que ocupaban los españoles. La cima de la alta cuchilla se ve envuelta en el fuego de la fusilería y de los cañones de Sámano y por el empinado camino se ve a los patriotas que intentan llegar a la altura. La figura del que debe ser el Comandante en Jefe del Ejército, aparece muy pequeña y no da detalles para la iconografía, por cierto muy escasa, de Liborio Mejía. En el Museo Nacional no existe el retrato que ordenó la Ley de 1848, y sólo aparece uno de pincel bastante mediano y de muy dudosa autenticidad que parece corresponder a un hombre de mayor edad de la que tenía Mejía al ser sacrificado. Ya que gracias a la Diputación de Antioquia en 1911, tendrá Rionegro el más ilustre de sus hijos en la apoteosis del bronce, sería de desearse se hicieran todas las pesquisas necesarias para hallar un retrato de innegable autenticidad y parecido.

(1) Carlos Arturo Torres, Nariño.

cos, que amó la sabiduría y para quien tuvo la gloria irresistibles fascinaciones, tenemos derecho para exclamar con el sabio Uribe Angel, puro orgullo de Antioquiá: Mejía fue un grande hombre.

Bogotá, Junio de 1913.

RAIMUNDO RIVAS.

Con filial cariño dedico este modesto trabajo a mi padre D. Luis G. Rivas Mejía.

RAIMUNDO RIVAS.

DATOS BIOGRAFICOS

SOBRE EL GENERAL

FRANCISCO GIRALDO

¡Los Próceres se van! Acaba de morir el General FRANCISCO GIRALDO a la edad de 93 años, después de haber llevado una vida llena de merecimientos y realizada por la virtud.

Quiere el ilustrado y justiciero Gobernador de Antioquia perpetuar la memoria de este modesto y gran patricio, entregando su nombre al eterno bronce de la imprenta, con el doble objeto de pagar así, en parte, sagrada deuda de gratitud republicana, y de que la vida y hechos del héroe muerto sirvan de estímulo y saludable ejemplo a las generaciones venideras.

Nada mejor puede hacerse en los actuales momentos históricos que exhibir un modelo de abnegación, lealtad y patriotismo como éste, para recordar a la olvidadiza generación actual cómo eran los servidores de la Patria grande. Tócanos a nosotros la grata comisión de hacer la apología de este be-